This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

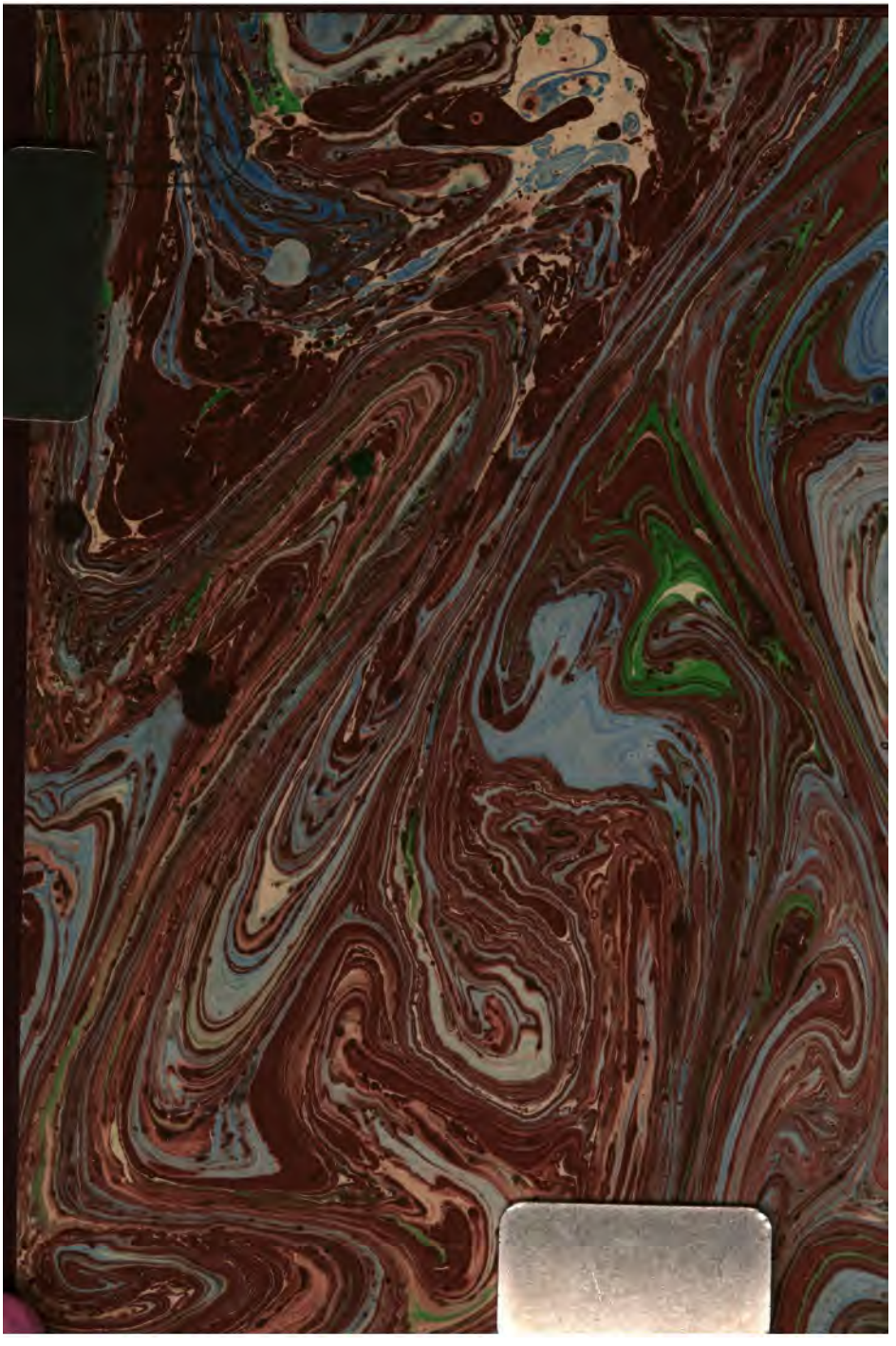
We also ask that you:

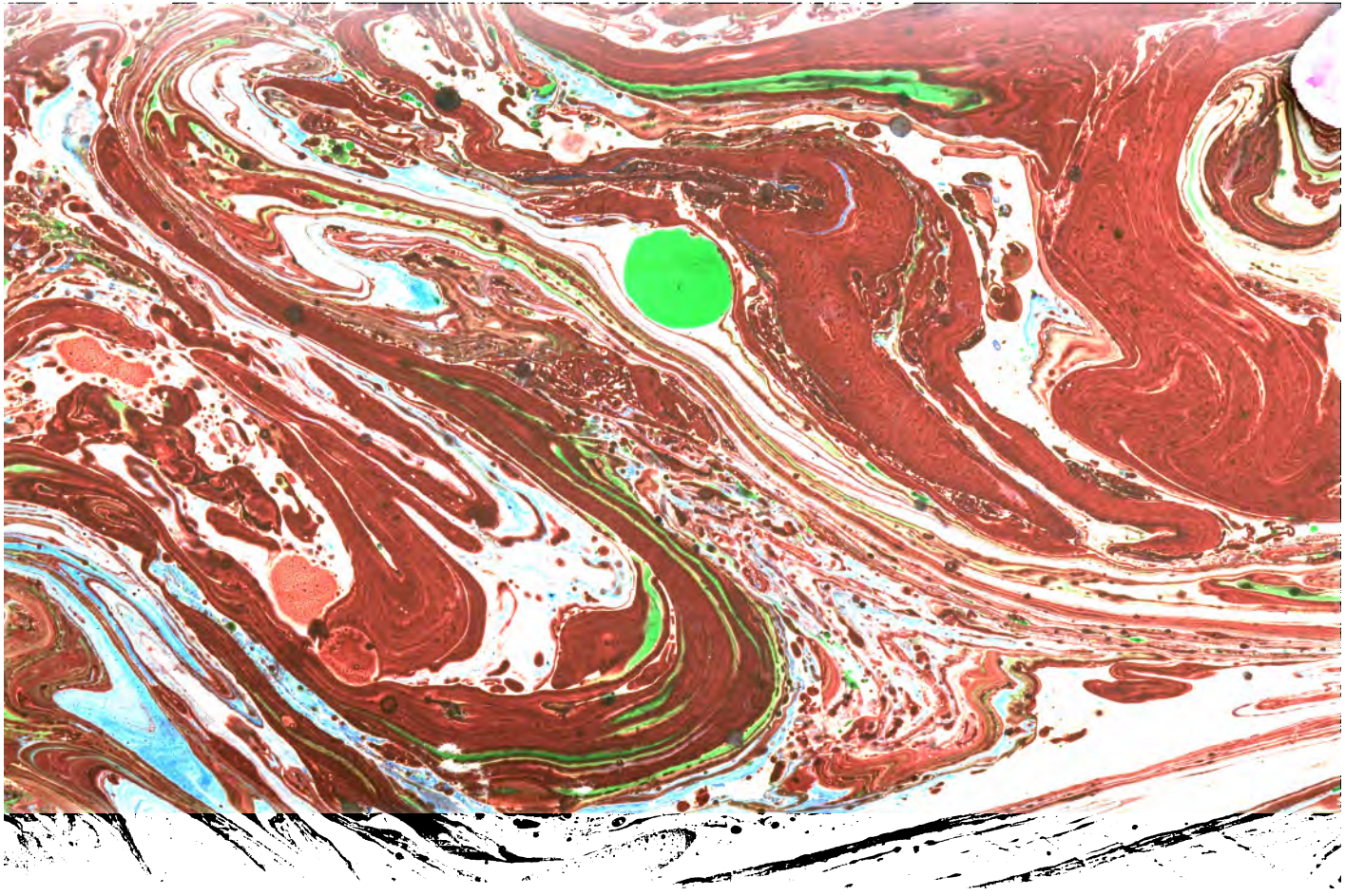
+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

UC-NRLF
$B 181 246





SU EMMA. EL CARDENAL CARLOS MARCIAL LAVIGERIE,

APÓSTOL DE LOS NEGROS.

# LOS HORRORES

DE LA

# TRATA DE NEGROS EN EL ÁFRICA

POR

## HUMANUS

Versión castellana aumentada con nuevos é interesantes documentos

POR

E. VOGEL Y J. RAMONET

CON EL RETRATO DEL CARDENAL LAVIGERIE Y UN MAPA DEL ÁFRICA CENTRAL

---

El producto de la venta
se destina á auxiliar el movimiento antiesclavista.

MADRID
BIBLIOTECA DE LA CIENCIA CRISTIANA
Calle de Villanueva, núm. 6.
1888

LOAN STACK

HT1322
H93

# LA BENDICIÓN DEL PADRE SANTO

## CARTA

## del Excmo. y Rmo. Sr. di Pietro,

ARZOBISPO DE NACIANZO Y NUNCIO APOSTÓLICO

## Á LOS TRADUCTORES

*Madrid 3 de Enero de 1889.*

SR. D. JOAQUÍN RAMONET, Secretario de la Legación de Mónaco.

MADRID.

Muy estimado señor: Su Eminencia el Sr. Cardenal Rampolla puso en conocimiento del Padre Santo el propósito de V. de publicar la traducción castellana de un folleto alemán acerca de los HORRORES DE LA TRATA DE NEGROS EN EL ÁFRICA, dedicando el producto de su venta al fondo de la Sociedad antiesclavista española, é imploró al efecto la Bendición Apostólica en nombre de V. y de su compañero de traducción el Dr. D. Eberardo Vogel.

Tengo, pues, la satisfacción de participarle que Nuestro Santísimo Padre, accediendo á estos ruegos, concede á VV. benévolamente su Bendición, así como á cuantos les ayuden en la publicación y propagación del folleto indicado.

Quedo de V. con la mayor consideración seguro servidor Q. B. S. M.,

*A. Arzobispo de Nacianzo,*
Nuncio Apostólico.

# CUATRO PALABRAS DE LOS TRADUCTORES

En los actuales momentos, en que por iniciativa del Soberano Pontífice recorre las Cortes de Europa, cual otro Pedro el Ermitaño, un ilustre Príncipe de la Iglesia, el Cardenal Lavigerie, Arzobispo de Argel y de Cartago, predicando otra cruzada para libertar del yugo de la esclavitud á los desgraciados negros del Africa central; y en que, hallando eco las elocuentes palabras del celoso apóstol en los países que han tenido el privilegio de escucharlas, se han formado ya en algunas de ellas ligas antiesclavistas, cuyo objeto es secundar sus nobles esfuerzos en favor de la desventurada raza negra; justo parecía que la hidalga nación española se asociase á este generoso movimiento; y en efecto, la creación de una liga antiesclavista está próxima á realizarse. Mas como por causas ajenas á la voluntad del ilustre Cardenal, éste no podrá visitar España, según se lo ha manifestado al comandante de Marina Sr. Sorela en una sentida carta que insertamos á continuación, hemos creído oportuno, ya que personalmente no

podrá con su elocuencia excitar en nosotros el entusiasmo que en otros países en pro de la santa causa que defiende, proporcionar á los españoles una pequeña compensación á esta forzosa y sensible ausencia, con la lectura de uno de sus discursos y los relatos que intrépidos exploradores y celosos misioneros han hecho de los horrores del inhumano tráfico de esclavos en el África central. Y habiéndose publicado ha poco en Alemania un notable folleto referente á esta importante cuestión y del cual van ya vendidos más de 15.000 ejemplares, ésta circunstancia nos ha evitado la molestia de coleccionar los datos necesarios para el objeto que nos proponíamos; por lo cual nuestro modesto trabajo se ha reducido á traducir del alemán dicho folleto, refundiéndolo y aumentándolo con nuevos é interesantes documentos que contribuirán seguramente á dar más valor á nuestra obra, cuyo único objeto, según hemos expuesto, no es otro que el de revelar los horrores de la trata de negros en el Continente africano, para interesar á nuestros lectores en favor de aquellos desdichados, y contribuir al aumento de los fondos necesarios para enviar recursos á los celosos misioneros de aquel Continente, puesto que nos proponemos dedicar á dicho objeto el producto de la venta de este opúsculo.

No dudamos, pues, en vista de lo expuesto, que nuestro humilde trabajo merecerá la aceptación del público, y que España, que tan brillante porvenir tiene allende el Estrecho, y que durante ocho siglos se vió ocupada por los infieles africanos, aprovechará la ocasión que se le presenta de tomarse ahora la cristiana y noble revancha de libertar de su domi-

nación á aquellos infelices negros, que no teniendo, como ella tuvo, el valor de luchar por su independencia hasta ver libre del invasor el patrio suelo, estarán condenados, sin su generosa ayuda y la de las demás naciones de Europa, á vivir siempre bajo el infame é inhumano yugo de los crueles sectarios de Mahoma.

**Eberardo Vogel.** **Joaquin Ramonet.**

# CARTA DEL CARDENAL LAVIGERIE

## AL SR. D. LUIS DE SORELA

MIEMBRO DE LA SOCIEDAD ANTIESCLAVISTA ESPAÑOLA

SOBRE LA ESCLAVITUD

---

*Cambo 24 de Octubre de 1888.*

SR. D. LUIS DE SORELA:

MUY señor mío: Siento no menos que usted los obstáculos que se oponen en este momento á mi viaje á Madrid, porque hubiera tenido la mayor satisfacción en hallarme entre los hombres distinguidos que han concebido y desean llevar á cabo la hermosa idea de fundar en España una gran Sociedad nacional antiesclavista, para felicitarles de viva voz y con toda mi alma, así como á su honrado presidente, por tan noble y levantado pensamiento.

Al expresar á usted estos sentimientos, que le ruego transmita á sus apreciables cooperadores, después del Breve reciente, en el que Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII acaba de manifestar de la manera más terminante sus deseos en tan importante asunto, sólo obedezco á una necesidad

de mi corazón, que quiere darse á sí mismo una prueba de la fidelidad con que ha guardado sus recuerdos y afectos de toda su vida.

España me ha inspirado siempre un cariño profundo. Cerca de sus fronteras, á la sombra de las montañas y al margen de las ondas que separan nuestras dos naciones, se deslizó mi infancia; á los acentos del habla castellana se meció mi cuna, como la de usted á los de la lengua francesa; más tarde conocí en Bayona católicos y sacerdotes españoles, cuya fe, cuya firmeza inquebrantables admiré sinceramente; nada que interese á ese país me ha sido ni puede serme nunca extraño; y ahora, un nuevo lazo, el lazo de la ternura pastoral, me une más estrechamente todavía á los 150.000 compatriotas de usted que han venido á buscar en Argel una segunda patria.

No puedo, pues, menos de regocijarme al ver seguir á la católica España el impulso generoso que arrastra en pos del Jefe Supremo de la Iglesia todas las naciones católicas al socorro de tantos millares de criaturas humanas entregadas á la esclavitud en nuestro continente.

Es verdaderamente bello y consolador el espectáculo de un pueblo que, apenas concluída la obra de la emancipación en sus propias colonias, se apresta á emprenderla de nuevo en África, movido por un sentimiento cristiano y desinteresado de humanidad y de justicia.

Razones sobradas justifican este ardiente celo.

Entre todas las naciones católicas de Europa, España es la vecina más próxima de los países de esclavos. Desde las alturas que limitan el estrecho de

Gibraltar se divisan las playas en que tienen lugar públicamente los mercados de infelices negros arrancados por la violencia á su Soldán, arrastrados á través del Sahara, en medio de indecibles crueldades, y diseminados, por último, en las ciudades y aldeas de todo el imperio de Marruecos, adonde los conducen las caravanas musulmanas. En las demás comarcas del Islam, las Potencias cristianas han recabado de los príncipes, al menos en apariencia, el compromiso de poner término á tamaños horrores.

Unicamente el Sultán de Marruecos se ha negado á este acto de condescendencia. Su fanatismo y la independencia espiritual de que alardea con respecto á Constantinopla, le han permitido una resistencia que, si constituye un honor para él á los ojos de sus súbditos, es un padrón de vergüenza para las naciones católicas.

Digno es en verdad, de España, enseñoreada mucho ha de no pocos puntos de este Imperio, y que ahora mismo está fundando en el Océano, en las extremidades del Sahara, una colonia nacional, el contribuir, de acuerdo con las demás naciones de Europa, á que desaparezca cuanto antes tan triste estado de cosas. Todo su pasado la obliga á luchar contra la esclavitud musulmana; su historia está llena de páginas gloriosas, de nombres ilustres relacionados con hechos análogos.

Ahí está la memoria de un Las Casas, de un San Pedro Claver, para demostrarle la generosidad de que son capaces sus hijos, cuando se trata de combatir la esclavitud de los negros contra las preocupaciones, los intereses y las pasiones de los próceres. Nuestro Santísimo Padre ha honrado esos recuerdos,

escogiendo para patrón de la nueva cruzada un Santo español; y tales son los modelos que en su Encíclica *In plurimis* ha propuesto á los misioneros todos y á todos los cristianos del mundo en el cumplimiento de esta obra de sublime fraternidad.

¿Cómo no se ha de sentir justamente orgullosa de ello la católica España? ¿Cómo no han de estar prontos á seguir á uno de los suyos en la carrera que él ha recorrido tan heróicamente, los corazones de todos sus compatriotas, de todos sus Sacerdotes, de todos sus Obispos?

Pero aun hay más.

Por muchos siglos han combatido los españoles en su propio suelo contra los infieles que se apoderaban de sus padres para aherrojarlos con las cadenas de la esclavitud. Gracias á la intrépida fe de tantas generaciones y al valor de sus reyes y de sus Ordenes militares, consiguieron libertar á España de la tiranía musulmana; pero aun vieron largo tiempo después en Argel, en Bona, en Túnez, innumerables desdichados arrebatados por infieles piratas de sus playas y de sus embarcaciones, sin que nunca las abandonasen, corriendo siempre en su auxilio, ora por medio de las Ordenes religiosas, ora por la fuerza de las armas; y más de una vez, al romper las cadenas de los cautivos, cayeron á sus pies las fortalezas africanas. Yo no puedo olvidar que un Cardenal español, el gran Jiménez, tomó en persona el mando de una de esas sagradas expediciones.

¡Cuán nobles son estos recuerdos! Pero también ¡cuán grandes son los deberes que ellos imponen! ¿Y cómo, después de haber alcanzado tan alto puesto

de honor, no ocuparían hoy el que les corresponde por tradición en las luchas que todavía han de librarse para que lleguen á extinguirse por completo en el suelo de África las crueldades de que aun es teatro?

He aquí, amigo mío, lo que hubiera querido poder decir, en nombre del Padre Santo y en el mío, á los católicos españoles; lo que, sobre todo, me hubiera sido grato decir á su cristiana y noble reina, tan justamente rodeada del respeto de todos por sus esclarecidas virtudes. Es mujer, y por lo tanto está dispuesta á compartir las penalidades y sufrimientos de tantos millones de criaturas, entre las cuales se cuentan tantas mujeres, tantas desdichadas negras; es piadosa, y por lo mismo está llena de fe, y ve en los desgraciados la imagen de Dios, de quien son hechura; es reina de un gran pueblo, y por consiguiente poderosa.

Por este triple título, yo le hubiese pedido su valioso apoyo para la cruzada de misericordia que estoy predicando á la Europa entera; su intervención cerca de los soberanos, su estímulo, en fin, para aquellos de sus súbditos que tomen parte en esta causa.

Por desgracia, me es imposible hacerlo personalmente; tengo, pues, que conformarme con enviar á usted estas líneas, no sin rogarle que se sirva comunicarlas á todas las nobles almas, cuyos sentimientos armonicen con los de usted en esta materia. Indudablemente una carta no puede tener los acentos que tendría mi voz de anciano y amante Pastor; pero confío en que, con la gracia de Dios, contribuirá á excitar la abnegación y el entusiasmo de

tantos corazones generosos que en esa tierra, como en las demás naciones cristianas de Europa, comprenden y sienten perfectamente que urge concluir de una vez con unas infamias que no pueden ya tolerar por más tiempo hombres que de tales se precien, y mucho menos ha de tolerarlas una nación cristiana y caballeresca cual España.

Con este motivo, tengo el honor de reiterarme suyo afectísimo amigo y humilde servidor y Capellán,

**El Cardenal de Lavigerie.**

# INTRODUCCIÓN

Un grito de angustia que conmueve y desgarra el alma resuena hoy por toda Europa. En pleno siglo XIX, siglo que llaman de las luces, de la civilización y de la filantropía universal, nos humilla el triste espectáculo de que aquel continente, cuyos territorios fueron declarados propiedad de Alemania, Inglaterra y otros estados europeos, sea contínuamente el ensangrentado teatro de execrables infamias que espantan y hacen que se estremezca el corazón. Los homicidios, matanzas, incendios y robos, y el profundo menosprecio de los más elementales derechos de humanidad, reinan é imperan en aquel desventurado país; la esclavitud despuebla provincias enteras; los que no perecen á manos de los asesinos, vénse condenados á arrastrar una vida más desdichada que la muerte misma.

Error gravísimo sería creer que la esclavitud haya sido abolida por las Potencias, ó que no exista más que dentro de reducidos límites. Aún quedan desgraciadamente en el África inmensos territorios donde el tráfico de esclavos con todos sus horrores,

no sólo continúa, sino precisamente hoy impera más que nunca. África fué durante muchos siglos para nosotros los europeos el continente negro é impenetrable; pero desde que el valor y la constancia humana lograron abrirse caminos al interior, y á medida que se internan más los intrépidos viajeros que la religión, la ciencia y el comercio envían á aquellas regiones, son mayores y más exactas las noticias que tenemos de tan misteriosas tierras. Mas si bien es cierto que estimulados por el espíritu emprendedor se dirigen allí muchos en busca de un bienestar que su patria tal vez les niega, no lo es ménos que siguen aquellos países siendo teatro de sucesos, cuya narración hiela la sangre en las venas de todo el que tenga siquiera sentimientos humanos. Allí el hombre embrutecido caza á su semejante; allí el lucro vil y hasta el instinto feroz le impelen á derramar arroyos de sangre; allí se arranca al pacífico indígena de su campo y de su hogar, para llevarle víctima de horribles vejaciones á lejanas tierras donde es vendido como esclavo.

Con hondo pesar dijo nuestro Santo Padre León XIII en la Encíclica dirigida á los obispos del Brasil de 5 de Mayo de 1888:

«Aunque ya cesó el tráfico de hombres en el mar, continúa ejerciéndose en tierra firme con deplorable frecuencia y crueldad espantosa. Pues habiendo los mahometanos establecido la falsa teoría de que los etíopes y las naciones de igual raza no son muy superiores á los animales, la infamia y la barbarie de aquellos sus opresores no tiene límites. De improviso y á manera de salteadores, se arrojan sobre las aldeas de los incautos etíopes, talan sus cam-

pos, saquean sus míseras viviendas y lo roban todo; apresan hombres, mujeres y niños, que, sujetos con cadenas, arrastran á sus abominables mercados, emprendiéndose estas ignominiosas expediciones desde Egipto y el Sudán á Zanzíbar.

» En interminables columnas, caminan los infelices, extenuados de hambre y de cansancio y maltratados por sus infames verdugos. A los que no pueden soportar tanto infortunio se les mata; los de más son conducidos como rebaños á los mercados, y puestos á la venta de inhumanos y ruines compradores. Una vez vendidos, se arrebata á éste de los brazos de su mujer, á aquél del seno de su madre, para entregarlos á la esclavitud más dura y más terrible que puede imaginarse. Con profundo sentimiento tuvimos que oir todo esto de labios de los que presenciaron con lágrimas en los ojos estas atrocidades, y su relato confirma cuanto refieren los modernos exploradores del África. Su testimonio demuestra que anualmente se venden más de *cuatrocientos mil* esclavos. La mitad de ellos sucumben moribundos á las fatigas del camino, que los viajeros encuentran sembrados de sus cadáveres y esqueletos. »

Palabras son estas de León XIII, que bastan para convencer á todo católico. Pero este glorioso Pontífice, cuyo corazón late de amor paternal, no sólo por los suyos, sino también por todos los que sufren y padecen, no se contenta con estériles lamentaciones; pues considerando el actual momento en que los Estados europeos comienzan á establecerse en el Africa, sometiéndola á su dominio, como el más propicio para iniciar un gran movimiento contra aquel

vergonzoso baldón de nuestro siglo, y contribuyendo á aliviar los males de millones de desventurados seres, exclama:

« ¿Quién no se conmueve al contemplar tantas desdichas? Nós, Vicario de Jesucristo, dulce Redentor y libertador de todos los pueblos, al par que Nos complacemos en recordar tantos bienes como hizo la Iglesia á los desgraciados, no acertamos á expresar la compasión que nos inspiran aquellas desventuradas naciones, el tiernísimo amor con que tendemos los brazos hacia ellas, el vehemente deseo que abrigamos de procurarles todo género de alivio y socorro, á fin de que, sacudiendo, á la vez que el yugo de la servidumbre humana, el de la superstición, puedan servir al Dios uno y verdadero, bajo el yugo suave de Cristo y sean como nosotros partícipes de la herencia divina. ¡Ojalá que todos los que sobresalgan en poder y dominio, y que tengan por sagrados el derecho de gentes y los de la humanidad, se interesen por la propagación de nuestra santa religión católica, y acudiendo á nuestros ruegos y amonestaciones, unan sus esfuerzos para impedir y exterminar este tráfico criminal y aborrecible! »

No han sido felizmente perdidas estas hermosas palabras del Vicario de Cristo. Dios ha mandado para la gran obra á un Apóstol, que á su alta dignidad espiritual reune la experiencia de los años, y cuya voz hallará eco religioso en los corazones todos. No bien oyó las amargas quejas de León XIII, cuandó el patriarca del Africa, Mons. Lavigerie, Arzobispo de Cartago, Argelia y Túnez, y Cardenal de la santa Iglesia romana, aunque casi agobiado bajo el peso de un episcopado de veinticinco

años, se encamina á la capital del orbe católico á implorar cual otro San Bernardo la bendición y las instrucciones del Soberano Pontífice, para ir después á predicar por el mundo la nueva cruzada contra los embrutecidos comerciantes de esclavos, cuyos atroces procederes en todos sus horribles pormenores ha podido ver y presenciar desde su Silla Arzobispal. Vémosle en París, en Londres, en Bruselas, invitando en todas partes á los más poderosos é influyentes, moviendo á los corazones sensibles, preparando así el terreno que ha de hacer fructificar la semilla que sembró la mano previsora del Sumo Pontífice.

Todo el que haya escuchado á este nuevo apóstol, todo el que haya oído á este dignísimo Prelado implorar, con voz ahogada por las lágrimas, misericordia, compasión y auxilio para su pobre rebaño, que los lobos diezman sin piedad; todo el que le haya visto lanzar ardientes miradas de santa indignación á sus oyentes afanados en los negocios de este mundo, preguntándoles: « Decid, ¿qué habéis hecho de los bienes que os dió el Criador? ¿cómo cumplísteis el deber cristiano de enviar algún auxilio á los desgraciados y la luz del Evangelio á los que yacen en las tinieblas del error?» todo el que haya escuchado de sus labios los horrores del tráfico de esclavos, no habrá podido menos de estremecerse y decidirse á corresponder con obras al llamamiento que con tanta elocuencia dirige á todos el defensor de esta santa causa.

Mas por celoso y activo que sea, no hay predicador ni apóstol que pueda recorrer todas las naciones, y el entusiasmo que su voz despierta, quedaría

encerrado en estrechos límites, si no hubiera quien le comunicase más allá del círculo de los que tienen la dicha de oirla. Mientras que las narraciones, los ruegos, las instancias del Cardenal Lavigerie se dirigen á todos, pocos han podido ver á este venerable anciano, encender su entusiasmo con los rayos de su mirada de ardor juvenil y sentir en sus almas los efectos de su elocuencia arrebatadora. *Cuestión de honra es para la prensa* el transmitir las quejas y ruegos del ilustre purpurado á todas las clases de la sociedad; y en verdad podemos tributar á la prensa católica el elogio que merece por haber contribuído cuanto le ha sido posible al éxito de la obra. Hasta la prensa anticatólica ha tenido que reconocer que es laudabilísima la empresa del anciano Prelado.

Ahora bien: lo que nos mueve á nosotros [1] á reunir en un folleto cuantos motivos puedan aducirse para la abolición de la esclavitud en el Africa, es el deseo de auxiliar al sublime apóstol de los esclavos, de propagar sus palabras y el relato de los tristes hechos en que se fundan, para contribuir de esta manera, aunque modestamente, á una obra cuyo fin es la dicha de millones de seres y el bienestar de todo un continente.

---

1 Al autor y á los traductores.

# EL CARDENAL LAVIGERIE

Y EL

## TRÁFICO DE ESCLAVOS EN ÁFRICA

---

PARA que nos refiera cuanto dijimos de las horribles desdichas que sufren las naciones del interior del Africa, á nadie mejor que al eminente Obispo y Misionero Lavigerie debemos dejar la palabra.

Como acaso conozcan ya algunos de nuestros lectores el discurso que pronunció en la Iglesia de San Sulpicio en París, damos la preferencia á otro discurso en que este infatigable adalid de la humanidad y de la civilización entusiasmó, el 31 de Julio último, á una distinguida concurrencia de sabios y filántropos en Londres. Después de encarecer en primer término los merecimientos de la Gran Bretaña y de los exploradores ingleses en orden á la abolición de la esclavitud en Asia y América, prosigue de esta suerte su magnífica peroración:

« Abolida la esclavitud en América, imposible ya el transporte de esclavos al Asia por el Mar Rojo y el Océano índico, á causa de la persecución que sufría por los cruceros encargados de impedirlo, se

entibió algún tanto el ardor de las naciones cristianas, y pareció acallada la universal indignación que tan infame tráfico había producido, como si ya hubiese desaparecido la trata de negros de sobre la faz de la tierra. Olvidábase también la esclavitud que reina en los vecinos Estados mahometanos, aunque en forma menos cruel en apariencia. Fué, pues, una sorpresa para el mundo civilizado, en medio de esta confianza universal, el saber quince años há, por vuestros exploradores, que la esclavitud asolaba con indecible furor los países centrales del hasta entónces casi desconocido continente. Vosotros referísteis al mundo cristiano lo que los más osados de vuestros hijos habían visto, y apelásteis á su compasión para libertar á tantos millones de seres desventurados, que si bien no profesan las mismas creencias que nosotros, no por eso dejan de ser igualmente hijos de Dios.

» El bizarro caudillo que proclamaba esta nueva guerra, fué vuestro intrépido y noble Livingstone. Viejo africano, he tenido la triste complacencia de visitar la tumba del gran explorador que descansa en las criptas de Westminster. Le habéis dado sepultura entre vuestras celebridades, y habéis hecho bien; pues su denuedo, su alta inteligencia y la abnegación de toda su vida, han hecho de Livingstone una gloria de nuestro siglo y el orgullo de vuestra patria. Mas si queréis ser los *herederos* de su fama, sed también sus *testamentarios*, ejecutando su última voluntad, expresada en aquellas sublimes palabras que escribió su valiente mano, y que le sirven de epitafio, las cuales yo no he podido leer sin profunda emoción.

« *Ya no deseo más* — escribió al acercársele la muerte — *sino que los cielos otorguen sus más fecundas bendiciones á aquellos que, sea cual fuere su nacionalidad, pugnen por conseguir la desaparición del terrible azote de la esclavitud.* »

»Como testigo de los horrores que os describió Livingstone, estoy yo también aquí. No intento repetir lo que ya sabéis por las narraciones de escritores ingleses y alemanes; pero como la misma enormidad de crímenes tan horrendos sea causa de que algunos duden de su triste veracidad — pues el mismo Livingstone temía que le creyesen exagerado en su relato — y originando esta duda *la indecisión que hoy significaría abandonar á las naciones africanas á su inmediato y completo exterminio*, es preciso presentar á todos nuevos y repetidos testimonios, que convenzan de la realidad de los horribles males que afligen á nuestros hermanos.

»Por eso acudo yo también á abogar en favor de aquella parte del África, confiada á mis cuidados pastorales. Este testimonio mío, es también el de legiones de testigos oculares que residen en aquellos mismos países, y es el de mis queridos hijos, los misioneros de Argelia, ó como el pueblo los llama allí, los padres blancos de Argel.

»Cuando llegué al África, más de veinte años ha, ví al punto que si no había de limitar mi misión á los países mahometanos, casi inaccesibles al cristianismo, tenía que penetrar en el interior de los pueblos paganos; comprendí también que yo solo no tardaría en sucumbir en tan ruda empresa. Me rodeé, pues, de algunos jóvenes que vehementemente deseaban compartir conmigo el apostolado, los cuales,

siendo tres en un principio, han llegado hoy al número de trescientos entre sacerdotes, legos, novicios y auxiliares; trescientos, digo, que viven; pues ciento de los más intrépidos duermen el glorioso sueño de los héroes, después de derramar su sangre once en el martirio y sucumbir los demás á las inclemencias del cielo, á las enfermedades, las privaciones y toda clase de fatigas y pesares. Estos son los testigos que ahora van á hablar después de todo lo que ya sabéis.

»Para mayor claridad y con el fin de determinar con exactitud las regiones del África á que se refieren mis testimonios, tengo que deciros primero en qué partes están establecidos mis misioneros. Más de diez años hace que habitan en el desierto de Sahara y en los territorios de los grandes lagos, desde las fuentes del Nilo hasta el S. de Tangañica y el alto Congo, allí donde se encuentran las colonias belgas. Desde allí me escriben, y de aquellas inmensas y apartadas regiones voy á hablaros, dejando á los viajeros y misioneros que recorren otros puntos, que os comuniquen á su vez lo que hayan visto.

«Hablando primero de las misiones del Sahara, mis hijos atestiguan con dolor profundo que la esclavitud reina todavía, con la misma intensidad, en todas las comarcas situadas al Sur de las colonias europeas, y que la caza de esclavos se ejerce hasta el alto Niger, donde quiera que los negros no se han convertido aún al mahometismo. *Todas las ciudades del interior de Marruecos tienen mercados de esclavos,* adonde las caravanas de los crueles vendedores conducen su humana mercancía.

Hasta hace poco tiempo, estos mercados existían en las poblaciones del litoral, en Tánger, enfrente de Gibraltar. A quién se deba el que que desde entonces hayan huido de la costa hacia el interior, no lo ignoráis: al honorable Mr. Allen, secretario de la sociedad antiesclavista inglesa, que hoy nos reune aquí, el cual con sus elocuentes y enérgicas reclamaciones, llenas de noble indignación, obligó á los viles mercaderes á huir de la costa y ocultar en el interior su infame tráfico; acudiendo allí los musulmanes varias veces al año, á surtirse en tan inhumanas ferias de la mercancía humana, que necesitan para hacerlos instrumento de su molicie ó guardianes cruelmente mutilados de sus serrallos. En nada se distinguen, respecto de este desvergonzado comercio, los oasis del Sahara del Sur de Argelia, Túnez, Trípoli y hasta del Egipto.

« Para no exagerar lo más mínimo la verdad de los hechos, empiezo por reconocer que la esclavitud doméstica de los citados países no ofrece el carácter feroz de *perpetua* matanza que, como después os demostraré, ha ido tomando en las mesetas del África central. Una vez comprados los esclavos y admitidos en las casas de los mahometanos, éstos los tratan con cierta templanza, interesados como están en que no sucumban, por efecto de las fatigas y penalidades del largo trasporte, aquellos infelices que tan caro les han costado. Quizás también la vecindad de los europeos infunda miedo á los mercaderes de esclavos, recelosos de que los gemidos de las víctimas resuenen en sus oidos.....

» Sin embargo, hay una circunstancia que da á este comercio de hombres un carácter odioso, á saber:

el trasporte de multitud de infelices mujeres y niños por el desierto, que tardan meses enteros en atravesar en medio de innumerables sufrimientos que la lengua humana se resiste á describir. Pensad en lo que supone el tener que andar descalzos pisando la ardiente arena africana bajo un sol abrasador, en un país que carece de alimentos y á menudo hasta de agua, que apague la insufrible sed; pues si bien los infames conductores cuentan con lo preciso para satisfacer sus necesidades durante el trayecto, á los esclavos no se les da más que lo estrictamente indispensable para que no sucumban, y evitar así la pérdida que su muerte les causaría. El corazón de los árabes de Tuárek, que suelen acompañar á los trasportes de esclavos, es tan duro como la punta de las lanzas con que hostigan á sus víctimas, y un puñado de mijo sin cocer y un sorbo de agua, es todo lo que dan á los esclavos que desde el albor del día hasta el anochecer marchan cargados, como bueyes, de pesadas coyundas.

»Matan sin compasión á los que tropiezan y caen de cansancio, si su estado no ofrece ya esperanza de que lleguen vivos y sanos al mercado; abandonando sus cadáveres insepultos, para que sean presa de las hienas y chacales que, devorándolos hambrientos, dejan los esqueletos blanquear al sol y servir de siniestras señales que conducen infaliblemente á los mercados de carne humana.

» Con todo, la trata de negros en las provincias del Norte no admite comparación con la de las altas llanuras del interior; y de ésta debo hablaros detalladamente por haber sido de ella testigos mis misioneros.

» Veinte años hace, todavía eran muy escasas y erróneas las noticias del interior del continente africano, y había quien le consideraba como un desierto estéril é inhabitable. La experiencia de las dos últimas décadas, os ha ido convenciendo de lo que diariamente confirman mis misioneros; que precisamente esta región es la más amena de toda el Africa, y que están equivocados los que la juzgan por las costas, cuya naturaleza es muy distinta, el clima en extremo malsano, el suelo ingrato, y el trabajo, por el excesivo calor, casi imposible á los europeos. Internándose más en tierra firme, han podido ver los viajeros, que en el centro del continente se elevan dos grandes mesetas, la más pequeña de las cuales se halla á 3.000 pies, y la otra, de mayor extensión, á 5.000 pies sobre el nivel del mar. Estas dos altas llanuras, que riegan anualmente periódicas y copiosas lluvias, contienen lagos de inmensas dimensiones, formados por la naturaleza benéfica y provisora, de los cuales tienen orígen los cuatro grandes ríos del Africa, con infinidad de afluentes que embellecen y fecundan aquellas deliciosas campiñas, de temperatura suave, que nunca excede de 32° de día ni baja de 18° al amanecer, y su suelo feracísimo, que produce en cuatro cosechas anuales toda clase de frutos y granos, encierra en su seno riquísimos veneros de útiles y preciosos minerales. La hermosura y majestad de las selvas asombra á cuantos viajeros las recorren. ¡Qué mucho que estas riquezas atrajeran numerosos pueblos á establecerse en los fértiles valles y colinas cubiertos de tan exuberante vegetación! Y en efecto, ninguna parte del Africa contaba con

tal número de bien pobladas aldeas, en cuyas viviendas moraba la paz, reinaban sencillas costumbres, y cuyos pacíficos habitantes desconocían el uso de armas de fuego, sólo empleadas en el litoral ó en las orillas del Zambese, donde los portugueses las habían introducido.

» ¡ Triste coincidencia ! Al mismo tiempo que, veinticinco años ha, los intrépidos exploradores y los celosos misioneros pusieron por vez primera los pies en el suelo virgen de aquellas comarcas, para civilizar y convertir á sus moradores, también los mercaderes de esclavos invadieron desde Egipto y Zanzíbar aquellos países, guiados tal vez por los mismos que habían enseñado el camino á los viajeros cristianos.

» Sus caudillos eran los mestizos, raza bárbara, bastardos de mahometanos y negros de las costas, llenos de odio y desprecio á la desdichada raza etíope, á la que aborrecen más que á los animales, reconociéndole por único patrimonio la esclavitud ó la muerte. Gente desalmada, sin conciencia ni sentimientos humanos, igualmente despreciable por sus bestiales vicios que por sus instintos crueles, que justifican plenamente el refrán africano: « Dios crió á los blancos y á los negros; mas Satanás mismo engendró á los mestizos. »

» Al llegar, pues, nuestros Padres, como dije, doce años hace, á las alturas del interior, á Tabora, Tangañica, Nyanza y el Congo superior, ya había comenzado la obra de destrucción, que veían extenderse y desolar por completo todo aquel delicioso paraíso, en el que los mestizos encontraban, al principio, un tesoro que más que ninguno des-

pertaba su avaricia; el marfil, tan abundante entonces, que en algunas provincias, como en la de Mañema, les servía para cercar sus huertas y viviendas.

» Pues bien: el codiciado marfil fué la causa de la ruina de aquel tan dichoso y floreciente país. No contentos con comprarle á bajo precio, ó con robarlo, y no pudiendo encontrar quien sustituyese á los animales que morían de las picaduras de los « tzetze », para trasportar la preciosa carga á la costa, procurábanse esclavos, peleando con los indígenas por el más fútil pretexto, matando sin compasión á los que les oponían resistencia; y encadenando á los demás, les obligaban por la fuerza y las amenazas á servir de bestias de carga hasta la costa, donde los vendían juntos con el marfil que ellos mismos habían transportado.

» Tal fué el principio de la actual triste situación de aquel país; pero la avaricia y la sed de sangre embriagan al hombre de tal suerte, que cada vez pide mayores crueldades para satisfacer los repugnantes apetitos de su endurecido corazón. ¿Y no es una prueba de esto la historia de los tiranos gentiles que aterrorizaban al mundo con sus crueldades? Pues la misma sed de sangre, el mismo desprecio de la vida ajena, deshonran ahora á la humanidad en el centro del África. Sin cesar se siega allí la miés humana; una aldea tras otra, una y otra provincia quedan despobladas, y comarcas enteras sólo dejan como recuerdo de lo que fueron, cadáveres, ruinas y escombros ensangrentados.

» Nuestros misioneros nos escriben de Tangañica, que no pasa un solo día sin que atraviesen el país caravanas de aquellos infelices.

Poco á poco fuéronse multiplicando los mercados de esclavos, en los cuales, antes los hombres, hoy día más que éstos las mujeres y los niños, van siendo el género preferido por los compradores; no sólo porque aquéllos, á pesar de las inconcebibles crueldades con que tratan de reducirlos á la obediencia, se oponen á ello con más valor—lo cual origina siempre sangrientas y porfiadas luchas, cuya ferocidad es indescriptible—sino porque créen poco lucrativo y muy trabajoso llevar hombres para venderlos, desde que débiles mujeres y tiernos niños bastan para transportar el marfil, que naturalmente ha ido escaseando. Esta es la razón por la cual muchachos de ambos sexos y mujeres, que inermes y temerosos, prefieren la vida de esclavos á los peligros y vicisitudes de la fuga, llenan los mercados todos. Las mujeres se compran para la satisfacción de apetitos carnales y los niños para educarlos. Desde que el comercio está en manos de los polígamos musulmanes, los jefes mismos de las tribus negras se revuelcan en las más bestiales torpezas, contándose caudillos poderosos como Muanga, rey de Uganda, que tenía *mil doscientas* mujeres á la vez.

»Como en el interior del África los esclavos son tan baratos, que en algunas partes es fácil adquirir una mujer por una cabra y un niño por una libra de sal, llegando la baratura hasta el punto de que el hombre es la moneda corriente para las compras más insignificantes, no debe extrañarnos que cada musulmán, por muy pobre que sea, tenga recursos para permitirse el lujo de varias mujeres que sirvan á sus brutales antojos.

»Muchos millones de seres, dotados de almas in-

mortales, han perecido ya durante el transcurso de los últimos veinticinco años. Pero cada día se enardece más el furor de los exterminadores, y el número de víctimas que anualmente cuentan ahora mis misioneros, excede en mucho á aquél en que antes las calculaba Camerón, que, dignísimo sin duda de todo crédito por su larga experiencia, creía decir poco, cuando estimaba en 500.000 los que se vendían al año, y en triple el número de los que caían muertos en el trayecto.

»Mas permitidme que os lea la carta que en el momento de salir de mi casa para venir á esta reunión he recibido de aquel insigne explorador [1].

. . . . . .

»No creáis que la crueldad del comercio de esclavos disminuye á medida que aumenta el número de víctimas. Antes, cuando sus perseguidores llegaban á una aldea cuyos habitantes ningún daño temían de ellos, se contentaban con apresar á los que caían en sus manos. Ahora la fiereza de estas bestias en forma de hombres supera á toda ponderación. Prevenidos por la experiencia los infelices negros, de lo que los mestizos vienen á buscar á sus míseras viviendas, huyen atropelladamente á esconderse en los campos y los bosques, al acercarse sus feroces enemigos. Entonces los endemoniados cazadores de esclavos se apresuran á rodear los sitios donde en vano su presa se creía ya segura, y prendiendo fuego á las malezas y á los árboles que la ocultan, se apoderan con facilidad de los infelices, que prefieren la esclavitud á la más dolorosa de las

1 Véase este documento al final del discurso.

muertes. Comparad este cuadro de horror con lo que os refieren vuestros exploradores, y no os asombréis de que provincias populosas y feraces de África se hayan convertido en desiertos de aspecto desconsolador, donde sólo innumerables esqueletos humanos atestiguan la anterior existencia de moradores diligentes y dedicados á las faenas del campo, que disfrutaban de la paz más envidiable, antes que vinieran á turbarla sus bárbaros perseguidores, que no sin motivo les parecían engendros del demonio.

»Ya podéis calcular que si pronto, muy pronto, no se pone fin á tan devastador cuanto inhumano tráfico, dentro de un corto número de años, no quedará ya ningún sér humano en el África central.

»No pretendo apelar desde luego á vuestros generosos sentimientos. Si no os mueve la compasión, no miréis al menos con indiferencia las dificultades sin cuento que el día en que Europa pretenda ganar el vellocino de oro de aquellos países, encontrará en su camino. Cuando exterminada la población indígena, únicamente capaz de ayudar á los europeos en los trabajos de la agricultura y de la industria, se hayan cubierto de nueva y vigorosa vegetación los estrechos caminos que todavía existen, será preciso vencer obstáculos insuperables sin la ayuda de los hercúleos brazos de los negros. *Repito, pues, con toda la fuerza de mi convicción, que si Europa no se resuelve á poner inmediato y forzoso fin al actual horrible estado de cosas del África central, dentro de pocos años no será aquella región más que un inmenso desierto.*

»¿Y quién sino los Gobiernos europeos son los llamados á acudir en primer término á salvar al

África de tan segura ruina? ¿No os recordó el ilustre Presidente de esta Asociación, antes de concederme la palabra, que en Viena (1815) y después en Verona (1822), las Potencias se obligaron solemnemente á no permitir más esclavos en el mundo? ¿Y tenían entonces y tienen ahora la voluntad de cumplir tan sagrada promesa? ¿No debían tenerla? ¿Acaso hay obra más noble, más generosa y más sublime? ¿Existe cuestión alguna que más fácil y honrosamente pueda resolverse que la supresión absoluta del comercio de esclavos?

»Me contestáis que los Gobiernos europeos piensan en el África. Sí, piensan; pero según parece es en apoderarse de ella, arrogándose de una plumada nuevos imperios, para aumentar su poderío, olvidándose casi por completo de que la adquisición de derechos impone graves deberes á las naciones cristianas. Las primeras de ellas, Alemania, Francia, Inglaterra, Bélgica, Portugal é Italia, estipulando y proclamando de común acuerdo sus actuales y futuros derechos al África, se han impuesto deberes imprescindibles, y entre ellos el más importante, el de asegurar la existencia y libertad de los indígenas, y no permitir que se vuelvan á cerrar á la civilización las regiones apenas abiertas por intrépidos exploradores.

» Quizás el cuidado de sus intereses materiales les impida distraer su atención hacia empresas y cuestiones de distinta índole. En este caso hágase llegar á oídos de los gobernantes, la voz de la compasión que el espectáculo de tanta miseria arranca á sus respectivos súbditos, menos afanados por mundanales intereses. Que todos ellos clamen con tanta

energía é insistencia, que obliguen á los Gobiernos á escuchar sus súplicas, acometiendo desde luego la obra reparadora.

» Esto es ciertamente lo que hacen los miembros de la sociedad antiesclavista, que nos ha reunido en este sitio bajo los felices auspicios del heredero de la corona. Sin embargo, *señoras, una asociación de hombres, por influyente que sea, no puede hacerlo todo: las obras de la piedad y de la misericordia son, antes que de nadie, de vuestra incumbencia, pues sabéis mejor que nosotros conmover los corazones y vencer indiferencias.* Pero no es esta la única razón que me induce á implorar vuestro eficaz auxilio. ¿No son ahora las mujeres y los niños las víctimas que prefiere la codicia de los mercaderes? ¿No lo repiten diariamente mis hijos espirituales? Dos días hace recibí una carta de nuestra misión de Tangañica, en la cual el Padre Prior me dice al pie de la letra: « Ya sólo venden aquí las mujeres y los niños, pues á los hombres los matan. » ¿Y no es infinitamente más deplorable la suerte de las mujeres que la de los hombres mismos?

» La muerte libra á éstos de todos los múltiples sufrimientos que á las mujeres les están reservados en manos de sus feroces verdugos, que se sirven de ellas para la satisfacción de sus execrables vicios, y que las hacen juguete de su neroniana crueldad. Oid lo que dos años ha me escribió un Padre de aquellas misiones:

» Os referiré un hecho que demuestra la brutal indiferencia con que estos feroces musulmanes ven perecer á las mujeres:

» Durante el período de las lluvias, los campos de

la cercana llanura de Tabora quedaron convertidos en cenagoso pantano, en que se ahogaba sin remedio quien tratase de pasarlo.

» Un negro de la vecina aldea mandó á su esclava á buscar leña para guisar la cena. Púsose ella en camino, mas apenas había entrado en el terreno cenagoso, cuando empezaron los pies á hundírsele en el suelo hasta que, no pudiendo proseguir su marcha, no tardó mucho en encontrarse metida en el lodo hasta las rodillas, sin poder desembarazarse y obligada á permanecer inmóvil, pues cada movimiento que hacía la hundía más en la terrible laguna que amenazaba tragársela por completo. En esta situación pedía á los transeuntes socorro, que ninguno le prestaba, y en cambio se reían de su angustiosa situación. El dueño, á quien ya le extrañaba su tardanza, salió á buscarla llevando un palo en la mano, sin duda para castigarla por haberse retrasado, y encontrándola en el sitio donde debía ahogarse sin remedio, nada hizo para salvarla, y se contentó con echarle el palo, diciéndole con amarga ironía, que se defendiese con él de las hienas y chacales que vinieran durante la noche á devorarla; y se marchó. A la mañana siguiente no quedaba ya ningún vestigio de aquella infeliz mujer.

» Pues escuchad, que aún puedo referiros otros hechos más horribles, si cabe, que el anterior.

» Uno de nuestros Padres refiere conmovido, cómo un reyezuelo de Bucumbi le dijo cierta mañana, con el más repugnante desenfado, que aquella noche había matado á cinco de sus mujeres.

» Más, señores, más aún. El Padre Levesque, antes misionero de Uganda, me ha contado lo

siguiente: «Hallábase él cierto día en la corte del rey *Mtessa* esperando á ser admitido en audiencia, cuando abriéndose de pronto la puerta del brayah (sala regia) vió salir por ella á dos soldados, que arrastraban de los pies á una pobre esclava, mujer del rey. Este había dado orden de cortarle las orejas, luego las narices y por último la cabeza; ¿y sabéis por qué.....? Por haber hablado alto antes de la audiencia. La sentencia se ejecutó en el acto á los ojos de la impasible muchedumbre, que rodeaba el palacio contestando con atronadoras carcajadas á los espantosos gritos de aquella víctima infeliz de la barbarie de su amo.»

» Viene á confirmar estas escenas, ocurridas en el palacio del rey de Uganda—el de las 1.200 mujeres—lo que refiere el sabio *Speke* en su obra sobre *Las fuentes del Nilo*, diciendo: «Desde hace algún tiempo, vivo dentro del cercado de la residencia real, de modo que ya no son secretos para mí las costumbres palaciegas. Pero ¿se me dará crédito, si aseguro que desde mi estancia aquí no ha pasado un día en que no haya visto conducir al suplicio y á la muerte á una, dos ó más mujeres del serrallo de *Mtessa?* Maniatadas y arrastradas por los guardias al lugar de su martirio, estas infelices, bañados los ojos en lágrimas, lanzan conmovedores gritos de ¡Hai Minange! (¡Ay, señor mío!) ¡Kbakka! (¡Rey mío!) ¡Hai Nyavio! (¡Madre mia!) Mas á pesar de estos desgarradores lamentos no hay brazo alguno que se extienda para arrebatarlas al de sus verdugos; si bien en voz muy baja alguno que otro de los espectadores se atreve á hacer elogios de la belleza de las jóvenes y desventuradas víctimas.»

» ¡Mujeres cristianas de Europa! ¡A vosotras os corresponde propagar la noticia de estas infames crueldades, y disponer contra ellas los ánimos del orbe civilizado! ¡Dirigíos suplicantes á vuestros esposos, padres é hijos; aprovechaos de la autoridad que, merced á su riqueza, posición ó elocuencia, gozan en el Estado, para impedir que se derrame por más tiempo la sangre de vuestras hermanas! Si Dios os ha dado talento para escribir, ¡ponedlo al servicio de una causa tan santa y meritoria! No olvidéis que la obra de una escritora (La choza de Tom), traducida á todos los idiomas de Europa, fué el origen de la abolición de la esclavitud en América.

» ¿Cuáles, pues, deben ser los medios que ha de emplear Europa para obtener igual resultado en el África central? Estoy plenamente convencido, y lo declaro sin ambages: *No hay más medio práctico que la fuerza;* pues el mal está ya tan arraigado y se ha extendido tanto, que no puede combatirse de otro modo antes de que concluya su obra de destrucción.

» Verdad es que los misioneros pueden por la persuasión convertir á algunas tribus; pero no son bastante numerosos para que la benéfica influencia de sus predicaciones se extienda por todos los vastos territorios del África central, pues antes de lograrla por esos medios, la obra de devastación y de exterminio habría dejado desoladas todas aquellas regiones.

» Lo mismo digo de la bien intencionada beneficencia para la redención de los esclavos. Dios me libre de disuadir á los cristianos que empleen ese medio tan en armonía con su fe. Pero ¿son suficien-

tes las sumas recaudadas para comprar anualmente tantos desgraciados? No, por desgracia. Y ¿no es cierto que la misma redención dará nuevo pábulo á la avaricia de los mercaderes? ¿No buscará el comercio de hombres nuevos motivos para la exportación, cuando llegue á ser más seguro y lucrativo?

» *Lo que hace falta, repito, es emplear la fuerza,* enviar un ejército destinado, naturalmente, sólo á la defensa. Ya estamos escarmentados con lo que sucedió con la trata de esclavos allende el Océano, donde todo fué inútil, hasta que los cruceros franceses, ingleses y americanos, formaron una barrera infranqueable que la impedía. Pero no bastarán esta vez algunos buques de guerra para combatir el tráfico de esclavos en tierra firme. Yo soy de parecer, y lo fundo en el de vuestro célebre y malogrado compatriota Gordon, que es preciso levantar barreras dentro del país mismo, que obstruyan á las caravanas el paso hacia los territorios de donde llevan los infelices negros; necesitamos, además, de una tropa ligera, que sin pérdida de tiempo, vuele á donde la caza humana se efectúa. Esta es la opinión de todos los que conocen bien el territorio africano, y es la del comandante Camerón, emitida también en la carta recibida por mí esta mañana y que antes os he citado.

» Dado ahora el caso, que no parece verosímil, de que las Potencias, cuyas miras suelen ser muy distintas, no puedan ó no quieran llegar á un acuerdo, el deber que ellas se negasen á cumplir — lo digo con igual convicción y franqueza — *pasaría necesariamente de los gobernantes á los pueblos cristianos*, que con la ayuda de Dios sabrían llenarlo,

como lo vienen demostrando hace muchos años, con las misiones, por las que los gobiernos no querían interesarse y que ahora están bajo el generoso amparo de las naciones mismas. ¿Por qué, pues, habían de mostrar menos celo y entusiasmo, tratándose ahora de una obra cuya naturaleza toda se adapta tan perfectamente á la de la propaganda de nuestra Santa Religión católica? ¿Por qué la vigorosa iniciativa individual no había de emprender con decisión y acabar felizmente lo que los desalentados gobiernos no pudiesen conseguir? ¿Acaso es imposible formar corporaciones semejantes á las que vió la Edad Media, que enseñasen á los negros á defenderse ellos mismos de los ataques de sus cobardes cuanto infames enemigos? ¿No demostró el célebre Stanley, cómo un solo hombre, ayudado por un puñado de negros, puede con valor y perseverancia imponer respeto y miedo á fuerzas muy superiores? ¿No supo el alemán Emin Bajá [1] formar un ejército casi regular, para suprimir toda tentativa de rebelión en el imperio que fundó con más valor que recursos, para una obra en apariencia tan dificultosa? Y podría citar un héroe más modesto que los anteriores: un antiguo capitán de zuavos, el cual desde hace nueve años arrostra toda clase de fatigas, privaciones y peligros, sólo para educar á un batallón de negros, cuyo valor y actividad protegen á las tribus, entre las que reside. Su nombre,

---

1 El Dr. Eduardo Schnitzler, en cuyo auxilio Stanley emprendió la última de sus peligrosas expediciones, de la cual desde hace más de un año no se tenía noticias, hasta que por los últimos telegramas se sabe que ambos están en poder del Mahdí.

verdaderamente digno de ser conocido y admirado, es Joubert, y su nacionalidad francesa.

»Si otros tan osados y constantes como él imitasen su ejemplo y uniesen sus fuerzas á las suyas, ó si tuviésemos — como después de los ofrecimientos que se me hicieron aquí mismo tengo esperanza de que suceda—algunos varones semejantes á Joubert, Stanley y Emin Bajá en diversos puntos del África, el problema que nos ocupa, estaría resuelto, no siendo, como creen algunos, ejércitos numerosos lo verdaderamente preciso, sino más bien varones independientes, aislados, pero de reconocido valor y energía, á la par que capaces de enseñar á los negros á defenderse contra sus sañudos adversarios, y de acaudillarlos en los combates que contra éstos tuviesen que sostener.

» Después de todo, sin embargo, tales hombres carecerían de los recursos que de aquí en adelante debe ser la misión de nosotros todos facilitarles. La valentía del guerrero, la fuerza física y moral que resiste á los peligros, no pueden ser cualidades que distingan á todos de igual manera; pero cada uno puede y debe contribuir á aumentar los fondos que necesiten aquellos que no vacilan en sacrificar sus vidas en los combates de esta guerra santa.

» Asociaos, pues, á la liga antiesclavista que nos ha reunido aquí.

»No puede haber obstáculos que impidan la formación de ligas parecidas en los otros países de Europa.

» Tened presente que en el momento de hablaros, arroyos de sangre inundan el suelo del continente africano.

»No olvidéis que sólo Europa puede poner coto á la barbarie de Etiopía, y que habrá de dar cuenta á Dios y á la historia, si la esperanza que un pueblo infeliz tiene puesta en ella, quedase defraudada.

»¡Ay de vosotros si seguís el funesto ejemplo del pueblo judío, que diez y nueve siglos ha, cuando pudo con una sola palabra salvar la vida de la más inocente de las víctimas, profirió aquellas expresiones de indolencia, temor y egoísmo: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» porque acaso perdáis como los que tal dijeron, lo que más puede apreciar una nación, vuestra honra y vuestra patria, y os veais diseminados por todos los ámbitos de la tierra!

»¡Ay de nosotros, si la sangre que se vierte en África, atrajera sobre Europa igual maldición! ¡Plegue á Dios salvar á las naciones de aquel continente del terrible azote que las amenaza con el exterminio! ¡Plegue á Dios salvarlas, inspirando á los Gobiernos generosas resoluciones é infundiendo en los pueblos cristianos el entusiasmo y valor necesarios para llevar á cabo tan santa obra!»

*
* *

Estas elocuentes palabras no necesitan ni admiten comentario alguno de nuestra parte. Sólo sí expondremos á vuestra consideración algunos documentos más, de irrefutable fuerza convincente, para que os podáis persuadir de que la crueldad de los verdugos del África, clama al cielo y requiere la inmediata y enérgica intervención de Europa. Al efecto, los publicamos á continuación, empezando por la carta á que el Cardenal mismo hizo referencia en su discurso.

# CARTA

## DEL EXPLORADOR INGLÉS CAMERÓN

### AL EMMO. CARDENAL LAVIGERIE

MONSEÑOR!

»Veo con suma alegría que Vuestra Eminencia ha venido á Londres para exponer á los ingleses la cuestión de la trata de esclavos en el Africa central.

»Durante los tres años que viajé por aquellas regiones, fuí á menudo testigo de los sufrimientos de los negros, ocupándome los cuatro años anteriores en perseguir los dahous [1] de los árabes que transportaban esclavos del Asia. La mayor parte de los que aún no se han olvidado de que el tráfico de esclavos todavía existe, creen que toda la cuestión se reduce al transporte de los desgraciados por mar, y que no sufran tanto al ser conducidos por tierra á los mercados.

»*Yo he visto, Monseñor, á esos infelices en los dahous, agarrotados de tal suerte, que tenian la barba*

1 Especie de navíos.

*pegada á las rodillas, cubiertos de heridas y medio muertos de hambre; atados los vivos con los cadáveres, mientras que la viruela diezmaba sus apretadas filas y aumentaba la miseria con su pernicioso contagio.*

» Pero esto no es nada comparado con los horrores que se ven en el Continente; allí son incendiadas las aldeas, los habitantes pasados á cuchillo al defender sus hogares, violadas las doncellas, los niños abandonados, y provincias enteras asoladas por la devastadora falange de bárbaros y codiciosos mercaderes. Si un conductor de esclavos permite alguna vez á una madre llevar á su hijo consigo y ve después que la pobre no tiene fuerzas para soportar la carga que además se le impone, arrancando el inhumano á la criatura del regazo maternal, *la estrella contra el suelo á los ojos de la desdichada madre!!* Millares de infelices moribundos, cubiertos de heridas y oprimidos bajo el peso de la coyunda que los sujeta cual si fuesen bueyes, caminan cargados ellos mismos del botín que hicieron aquellos crueles verdugos en sus chozas. Cuando la marcha se interrumpe, los presos no disfrutan de ningún alivio, sino se ven obligados á preparar la cena y las comodidades para el reposo nocturno de sus dueños; y después, muchas veces sin haber comido nada, se echan á dormir, tiritando de frío y empapados en lluvia. Al que ya no puede seguir la marcha, lejos de quitarle las cadenas que le oprimen, se le abandona atado, para que no huya de la muerte.

» Suele suceder con frecuencia, que hombres y mujeres abandonados de esta suerte son vivos aún despedazados por las fieras, menos crueles, sin em-

bargo, que los infames conductores que los dejan perecer sin compasión.

» Algunos de los que todavía defienden ó disculpan el tráfico que se hace por tierra, alegan ser éste necesario para el comercio de marfil. Pero aunque sé que no escasean los traficantes árabes que exportan marfil africano, y que se dedican también al negocio de esclavos, por faltarles hombres libres para la conducción de aquella mercancía, también me consta que los negros que se emplean con dicho objeto, no constituyen ni la décima parte de los esclavos anualmente vendidos. Los cazadores de negros que tanto daño causan á las misiones escocesas y á los establecimientos mercantiles de Nyassa, no son ni árabes, ni traficantes en marfil, sino embrutecidos mestizos, que van á la caza de esclavos para vivir en la holganza y apoderarse del instrumento de sus bestiales pasiones, encontrando aun hoy día ocasión de vender su presa en los mercados. Puedo asegurar también que ni los mahometanos ni los etiopes que compran negros, se ocupan en el tráfico del marfil.

» Los esclavos que antes se vendían en mercados casi libres en el Egipto, se transportan ahora á Trípoli y al Sur de los estados berberiscos, á través del Sahara, cuyas ardientes arenas se hallan sembradas de sus esqueletos.

Algunos caudillos indígenas, como Karugo y Muanga, por ejemplo, suelen *celebrar* cacerías humanas por mero entretenimiento, sin que los traficantes extranjeros les estimulen á tan bárbara diversión. De esta suerte todo negro que puede, quiere tener á otro negro por esclavo, llegando el concepto

de la esclavitud á ser en opinión de esta gente, como una cosa natural. Debo añadir que los medios empleados para cohonestar la esclavitud, como el llamar á los esclavos «inmigrantes libres» ó «aprendices», son inútiles; pues todos vienen bajo distinto nombre á promover la caza de esclavos en el África central; y si este sistema no se reforma ó no se suprime por completo, nunca lograremos abolir tan grave mal. Si los Gobiernos no impiden por la fuerza el tráfico continental de esclavos, así como lo impidió el Gobierno inglés en las costas occidentales del Africa y lo sigue impidiendo en el Mar Rojo y en el Océano Índico, no quedará otro remedio que la formación, por iniciativa particular, de expediciones organizadas por individuos de diferente religión y nacionalidad, y cuyo único objeto sea la abolición absoluta de la trata de negros en el África central; pues si bien algunos, como los misioneros, pueden valerse para este fin de medios morales, los demás deberán emplear otras armas.

» Fácil sería poner trabas á la exportación de esclavos si dispusiéramos en las orillas de los grandes lagos de alguna tropa ligera, bien armada y disciplinada. Hasta ahora nada se ha hecho en este sentido, aun cuando un puñado de europeos bastaría para enseñorearse del lago de Nyassa y de algunos puntos frecuentados, de los principales caminos.

» Alemania, que desde hace poco es dueña de vastos territorios africanos, no ha mostrado hasta ahora el deseo de mitigar los sufrimientos de sus nuevos súbditos.

» Confio, Monseñor, en que Vuestra Eminencia conseguirá despertar vivo interés hacia esta cuestión

y hallar medios de suprimir por completo el tráfico de esclavos. *El hombre que lograse libertar á la raza negra del pesado yugo de la esclavitud, será el más digno ministro de Dios y el más acreedor á la admiración y gratitud del orbe entero.*

» Aprovecho la ocasión, etc. »

**Lovett-Cameron,**
*C. B. D. L.*

# EXTRACTO

## DE UNA CARTA DEL PADRE VINCKE

### DE LA ESTACIÓN DE KIBANGA, Á ORILLAS DEL LAGO DE TANGAÑICA.

---

Como hace poco estuve en *Udschidschi*, voy á decir algo sobre esta población. Pero me siento inhábil para describirla como ella se merece y tal como la ví, y mi pluma se niega á referir todas las atrocidades que en ella se cometen. Udschidschi es la más poblada de las ciudades árabes del distrito de Tangañica. A ella se dirigen todas las caravanas de esclavos en su paso del interior á Zanzíbar; allí celebran los mestizos sus infernales asambleas para deliberar en qué puntos del país han de hacer sus razzias; de allí provienen todos los bandos que inundan actualmente á Mañema y arruinan esta comarca, antes tan bien poblada. En breve, es otra Sodoma; campo de todos los crímenes, teatro de todos los horrores, foco de todos los vicios. ¡Ah! ¡qué día tan aciago aquel que vió á los mahometanos pisar por vez primera el suelo del Africa central! Con ellos llegó su enervadora religión: con ellos vino el

desprecio de la raza negra, y en su compañía vinieron la corrupción moral y el contagio de las impúdicas enfermedades, hasta entonces desconocidas de los negros.

» Yo antes había visitado el mercado de Udschidschi repetidas veces, pero entonces no me parecían los esclavos tan numerosos, y de consiguiente no pude ver aquel diabólico negocio en todos sus atroces pormenores. Cuando estuve allí la última vez, la población se hallaba materialmente atestada de infelices negros de Mañema, Marungu, Ouvira y Oubuari. A causa de su mucha abundancia, sus precios eran baratísimos, y me los ofrecían por una friolera; pero como casi todos ellos parecían completamente extenuados de cansancio y de miseria y muertos de hambre, tuve que convencerme de que los más no hubieran podido hacer el viaje de Udschidschi al otro lado del lago, donde se halla nuestra misión. Además estaba tan apurado de fondos, que pude comprar muy pocos, bastándome apenas el dinero que traía, para adquirir aquellos á quienes debía dar la preferencia, porque ya habían recibido de nosotros alguna instrucción en la doctrina cristiana.

» La plaza estaba llena de esclavos, que se presentaban á mi vista encadenados en largas filas, sin separación de edades ni sexos. Varios de los que venían de Mañema tenían las orejas horadadas, pasando por sus agujeros unas cuerdecitas que impedían alejarse unos de otros. En las calles tropezaba á cada paso con esqueletos ambulantes, que á duras penas se arrastraban apoyándose en bastones, y sin cadenas, porque su estado no les per-

mitía huir aunque quisieran. Los tormentos y fatigas se leían con espantosa claridad en sus rostros demacrados, cuyo aspecto hacía adivinar que, más que las enfermedades, el hambre era lo que minaba aquellas existencias. Grandes cardenales y recientes heridas en las espaldas demostraban el bárbaro tratamiento que habrían sufrido por parte de sus verdugos, que no escasean los golpes para acelerar el paso de sus víctimas. Otros, tendidos en la calle ó á la puerta de las casas de sus dueños que, previendo su pronta muerte, ya no les daban de comer, aguardaban el fin de su mísera existencia. ¡Ay! ¡Qué dolor siente el misionero al ver á estos infelices que ni siquiera tienen la esperanza de otra vida más dichosa, al ver cuántas almas se pierden para la eternidad por falta de sacerdotes para su conversión y de dinero para redimirlos!

» Mejor que en el mercado y en las calles, pudimos ver las consecuencias del infame negocio en un solar situado en las orillas del lago. Este solar es el cementerio de Udschidschi, ó mejor dicho, el sitio adonde se arroja á los esclavos muertos ó moribundos. Las hienas, que tanto abundan aquí, ejercen el oficio de sepultureros. Un cristiano recién bautizado, que no conocía aún la ciudad, quiso llegar hasta las orillas del lago; pero al ver los cadáveres tendidos en gran número al borde de la laguna, medio devorados por las hienas y las aves de rapiña, retrocedió horrorizado, sin poder sufrir tan horripilante cuadro.

» Habiendo preguntado á un árabe por qué los cadáveres eran tan numerosos al rededor de Udschidschi, y por qué se les dejaba tan cerca de los luga-

res habitados, me contestó en un tono indiferente cual si se tratase de la cosa más sencilla del mundo: « Pues ¿por qué ha de ser? Antes acostumbrábamos á llevar los cadáveres de nuestros esclavos á aquel lugar para que las hienas vinieran á comérselos; pero este año el número de muertos es tan crecido, que estos animales no son suficientes para hacerlos desaparecer, *y han llegado á hartarse y á tener empacho de carne humana!!* »

## APUNTES DEL DIARIO DE LA MISIÓN DE KIBANGA

*Kibanga 3 de Diciembre de 1887.*

NADA extraordinario había ocurrido por la mañana, pero poco antes de mediodía divisamos en las alturas que circundan nuestra misión, un tropel de negros que venían huyendo hacia nosotros. Los primeros que llegan, nos informan de que un cazador de esclavos, jefe de mulatos del Oeste de Tangañica, había invadido el país, y que muchos de los indígenas cuyas viviendas no estaban bajo el amparo de nuestra misión contra tales asaltos, se proponían refugiarse en ella con toda su hacienda. Al principio creímos que se trataba de una falsa alarma, como no pocas veces sucede en esta región; pero á eso de las ocho percibimos á lo lejos, en la cordillera del lado acá del río Luva, límite del territorio de nuestra misión, una turba de mestizos negros que marchaban hacia el Oeste. Los recién bautizados huían á todo correr para ponerse al amparo de nuestra misión.

» En efecto, eran los soldados de Mahoma, uno de los caudillos indígenas, que venían á hacer su

*razzia*, como acostumbran, en las comarcas vecinas. Oímos también que habían robado á dos de nuestros niños. A toda prisa nos aprestamos al ataque, cerrando el *tambe* (tapia que cerca la propiedad), y dimos munición á nuestros negros. Unos veinte de ellos, con el Padre Superior y el Padre Vincke á la cabeza, salieron al encuentro de los infames perseguidores, para detenerlos y pedirles cuenta de la invasión en nuestro territorio. Los demás, con el Padre Guillemé y Fray Jerónimo, se quedaron guardando la casa y tranquilizando á los fugitivos. A 250 metros de nuestra empalizada, la vanguardia se encontró con los *rugarugas* (bandidos), que habían recorrido las casas, robando cuanto caía en sus manos y apresando á los infelices que no habían podido huir tan á tiempo como los que llegaron á refugiarse á nuestro amparo, á los cuales venían aquellos malvados persiguiendo. Dióseles la voz de alto y les fueron enviados mensajeros para que les dijesen quiénes eran y qué propósitos traían. En vez de contestarnos, tomando otro camino se marcharon hacia una aldea á orillas del Tangañica. Poco después pareció otro grupo de unos 150 hombres por las alturas del Luva, siguiendo los pasos del anterior. Nos hallábamos á unos diez minutos de nuestra casa, pero no atreviéndonos á adelantar más, sino queriendo antes de todo impedir que los ladrones penetrasen en nuestra propiedad, el Padre Superior dió la orden de retirada, lo cual se verificó, sin que los bandidos nos inquietasen. Durante estos sucesos, todos los pobres indígenas que habían puesto su confianza en nosotros, se recogieron en nuestra casa seguros de que fuera de ella no escaparían de la

muerte ó de la esclavitud. Otros habían huído al lago en pequeños botes, ó estaban escondidos en los cañaverales. Las mujeres y los niños, asustados y llorosos, oraban en la capilla mientras que los alumnos del asilo de huérfanos, rezaban el rosario, y las mujeres en el corral del *tambe*, repetían los rezos que sabían de memoria. Repartimos entre los hombres de nuestras aldeas cristianas una buena cantidad de municiones, pero prohibiéndoles salir, les mandamos, sin embargo, estar prontos á defender la entrada de nuestra *boma* (trinchera), en caso de otro ataque, y á gastar el último cartucho en la defensa, antes que permitir que las mujeres, cuyas almas habíamos conquistado para Dios, y los pobres indígenas que se refugiaban á nuestro amparo, cayeran en manos de sus feroces perseguidores. Mientras tanto entablábamos negociaciones con el enemigo para enterarnos de si en verdad Mahoma, que se llamaba amigo nuestro, había mandado robar la misión, y si Said Bargasch, Sultán de Zanzíbar [1], no le había ordenado que nos respetasen. Componíase nuestra guarnición de 100 hombres armados de escopetas, de 200 negros con lanzas, 300 á 400 mujeres y otros tantos niños, incluso los del asilo de huérfanos; entre todos 1.000 personas.

» Estábamos, pues, alerta y guardábamos nuestra colina, poniéndonos bajo la protección de Dios. Pero entrada ya la noche, los *wangwana* ocuparon sin disparar un solo tiro las aldeas vecinas robando todo lo que encontraron á su paso. Aun cuando con nuestras armas podíamos estorbarles en el saqueo,

1 Cuya muerte todavía no era conocida entonces.

creímos más prudente negociar con ellos para saber cuáles eran sus intenciones respecto á nuestros cristianos. Esta vez atendieron nuestras reclamaciones, contestando que efectivamente eran gente de Mahoma, y que el jefe del bando no tardaría en llegar. En efecto, su lugarteniente vino á las seis y media, y no pudiendo avistarse con nosotros á causa de una fingida ó verdadera indisposición, nos escribió la noticia de que su capitán tenía orden de Said Bargasch de no saquear á los blancos, y que su tropa iba sólo á combatir á los negros del país. Al mismo tiempo, nos envió una mujer, suegra de uno de nuestros cristianos, que poco antes habían hecho prisionera, participándonos que á la mañana siguiente todo se arreglaría..... »

*
* *

*Domingo 4 de Diciembre.*

« ¡Alabado sea Dios! La noche pasó tranquila; los centinelas no observaron nada que motivase una nueva alarma. A la madrugada dijimos Misa, y después, á eso de las siete, el Padre Vincke salió para una de las aldeas saqueadas ayer, con el fin de hablar con el jefe de los bandidos. Este lugarteniente de Mahoma es un mulato de estatura baja, entre 25 y 30 años de edad, de perilla negra y bronceada tez. Apenas introducido en la choza, nuestro Padre Provicario le preguntó si de esa manera pensaba cumplir las órdenes del Sultán, devastando el país, casi bajo las tapias de nuestra casa. Él contestó disculpándo-

se y diciendo que había mandado á su gente no robarnos ni perseguir á nuestros niños; pero que sin duda sus *rugarugas*, que no conocían la disciplina, habían confundido el país de Pora con el nuestro, absolutamente contra su voluntad. El Padre pidió entonces que devolviesen los dos niños que habían robado á nuestros neófitos, lo cual le fué concedido en el acto. Así llegamos á un pacífico acuerdo, comprometiéndose el capitán á que su gente no molestaría á los nuestros, y aconsejándonos rechazar por la fuerza á todo merodeador que se aproximase en ademán hostil á nuestras viviendas.

» Al despedirse de los Padres, Broana Masudi prometió devolvernos la visita por la tarde, y en efecto, así lo hizo, acompañado de unos doce bandidos, á quienes por precaución no permitimos la entrada. El capitán vestía, con este motivo, un largo chaleco encarnado, como el de los lacayos ó suizos. Hablaba á tontas y locas, contestando á nuestras preguntas respecto de los países que había devastado Ruando, al Norte de los lagos de Kiro y Kagdaro, Mañema, Ungabemba, Ubadjewe, etc. Pedigüeño como todos los de su raza, imploró nuestra caridad, y negándole cortésmente cartuchos, le concedimos un par de chinelas, zapatos viejos y una botella..... vacía, la cual fué muy de su agrado.

» Pero por la noche tuvimos el desconsuelo de presenciar desde nuestra colina el triste espectáculo de una *razzia* de esclavos en el país colindante al nuestro. Adonde quiera que dirigíamos la mirada, veíamos el fuego de las aldeas incendiadas y á sus infelices habitantes huyendo en dirección al lago. Los bandidos volvieron cargados de gallinas, cabras,

pescado, *mutana*, etc. Una tropa de treinta ladrones recorrió entonces á nuestra vista los cerros y los establecimientos á orillas del Maongolo, donde los pobres fugitivos se habían escondido; mas pronto volvieron conduciendo á empujones mujeres y niños maniatados. ¡Ay qué doloroso cuadro!

»Nuestro primer impulso fué libertar á aquellos infelices matando á tiros á sus raptores; pero esto hubiera sido guerra abierta, y ante la idea de que nuestra propia misión sufriría las tristes consecuencias de ella, nos abstuvimos de poner en práctica nuestros deseos. ¡Ah! ¿Cuándo querrá Dios que se decida un Gobierno europeo á aniquilar este maldito tráfico de negros con todos los horrores que le acompañan? ¡Y pensar que con unos cien hombres bien armados se exterminaría en muy poco tiempo á esa infame horda que, en número de unos 200 á 300, viene siendo el azote de todos los países desde Tabora á Oujiji y Mañema, y desde Tangañica hasta el lago de Alberto-Nyanza! ¿Qué podemos hacer nosotros, pobres misioneros, sino rogar á Dios por los desgraciados negros y sus verdugos, los árabes y mestizos?

»La noche de este aciago domingo, que nunca olvidaremos, el Padre Superior mandó al Padre Vincke al campamento de los árabes á pedir que la tropa se marchase lo más pronto posible, á fin de que los negros pudiesen volver á las aldeas medio destruídas. El jefe, que parece incapaz de mantener el orden en las filas de sus secuaces, prometió marcharse á la mañana siguiente, y nos dejó comprar cuantas mujeres y niños pudimos pagarle. Todo cuanto poseíamos fué empleado con tan caritativo objeto. ¡Figuraos la alegría de los escogidos que po-

dían volver á su hogar; pero también la desesperación de los infelices á quienes no pudimos libertar, y que en medio de desesperados lamentos fueron obligados á marchar con sus infames verdugos! ¡Ah! ¡Pluguiese á Dios que hubiera tenido con qué poderlos redimir á todos.....!

***

*Lunes 5 de Diciembre.*

«¡De nuevo sean dadas gracias á Dios! Esta mañana, á las siete, los viles asesinos de nuestra pacífica población se pusieron en marcha entre torrentes de lluvia, acompañados de las maldiciones de todos los indígenas. Serían unos 300; la caravana de esclavos aumentaba el triste séquito. Una viejecita se asió al pasar del hábito de Fr. José y le rogó á voces que la libertase. ¡Gran Dios! No pudo hacerlo por falta de dinero, y la infeliz tuvo que seguir su marcha llevando una cuerda al cuello. La retaguardia esperó á que cesase la lluvia, y pronto se alejaron con gran contentamiento de todos. Los bárbaros se arrojaron entonces sobre el país de Ubembe, pudiendo nosotros á lo lejos divisar el curso de sus correrías por el humo de las chozas incendiadas.

» Estas horribles expediciones lo talan y destruyen todo á su paso. Las aldeas, donde tres días ántes podíamos enseñar la doctrina, no son ahora sino un montón de humeantes escombros.

» Una pobre mujer que pudo escapar de manos

de aquellas hordas salvajes, defendiéndose como una desesperada, yacía moribunda á nuestros ojos. Uno de los bandidos, viendo su tenaz resistencia, la había disparado un tiro que la tendió en el suelo; *dando la infeliz á luz pocos momentos después un niño muerto.* Levantamos á la pobre, que se retorcía entre horribles convulsiones, y la llevamos á la misión. Como ya había recibido alguna instrucción, la hablamos de Dios y del bautismo. Pidió éste y murió cristiana..... ¡Dios sea loado por la salvación de esta alma! Mas ¿quién nos salvará á nosotros de esta triste situación?

**P. Moinet,**

*De la compañía de los misioneros de Argel.*

# TROZOS DE UN RELATO DE LIVINGSTONE

«Afírmase que en algunos países la esclavitud es suave y benéfica. Los boers [1] (de origen holandés) dicen que son los mejores amos...; pero no es posible tratar á los esclavos peor que ellos lo hacen.....»

*
* *

« Los *boers* saben por experiencia que es imposible retener á los adultos en la esclavitud, siendo la fuga demasiado fácil para que se la pueda impedir. Por tanto, apodéranse de los niños, que pronto se olvidan de sus padres y se acostumbran á la servidumbre.....»

*
* *

»Un *pombeiro* tenía ocho mujeres bastante guapas

1 Pueblo establecido al Norte de las posesiones inglesas del Cabo de Buena Esperanza.

atadas con cadenas, que iba á trocar por marfil en el país de Matiamvo.....»

***

« Estos traficantes de esclavos salen vencedores en todos sus ataques. No es extraño; pues la pólvora los hace irresistibles. Los negros no saben más que combatir de lejos y desde sus escondites; en campo raso, armados de arcos y flechas, puede compararse su situación á la de un buque mercante que se viera acometido por uno de guerra.....»

***

« El gran número de tumbas que se ven por doquiera, anuncia cuántas víctimas no habrá hecho tan terrible azote..... Y los que sobreviven parecen esqueletos. ¡Ay! Al ver de trecho en trecho estas fúnebres señales de la crueldad humana, se apodera de mi alma un triste y profundo desaliento, y envío á Dios una oración para que se aproxime la hora feliz en que todos sean hermanos.....»

» Al llegar á la villa de Katosi encontramos á unos 30 jóvenes, que llevaban al cuello la coyunda de los prisioneros, que llaman *gori*. Rendidos de cansancio, aquellos infelices habían intentado dormir, pero el peso del *gori* se lo había impedido.....»

***

« Algunos instantes después Mobame nos anunció

que una multitud de esclavos estaba pasando la aldea para ir á Tete. ¡Si pudiéramos libertarlos!

» Nuestro bagaje y los instrumentos de la expedición se encontraban en Tete, y temíamos que para vengarse nos lo robasen todo. Sin embargo, nos resolvimos á tratar de impedir este infame comercio. A los pocos minutos pareció una larga columna de hombres, mujeres y niños, los brazos atados, caminando en interminable fila unos tras otros. Negros armados de escopetas formaban la vanguardia y retaguardia de aquella lúgubre comitiva. No bien llegaron á divisarnos, cuando, poniéndose en precipitada fuga, se internaron en el bosque. Sólo el jefe se mantuvo en su posición; uno de nuestros caudillos indígenas le reconoció y fué á estrecharle la mano. Era un esclavo del antiguo comandante de Tete, que nosotros mismos habíamos tenido á nuestro servicio. Cuando le preguntamos de dónde procedían los presos, contestó que los había comprado; pero ellos mismos dijeron que habían sido hechos prisioneros en el combate; y mientras los interrogábamos, el bandido desapareció de nuestra vista. Los esclavos, al verse solos con nosotros, se arrodillaron y radiantes de alegría batían las palmas para expresar su gratitud. Había entre ellos muchos niños de cinco años y aun de menor edad. Uno de los más pequeños dijo con infantil candidez á mi gente: « Esos bribones nos agarrotaban y nos dejaban morir de hambre, mientras vosotros nos soltáis y nos dais de comer. ¿Quiénes sois, pues, y de dónde venís? » Dos mujeres habían sido muertas el día anterior por haber intentado aflojar las cuerdas que las sujetaban, y á los otros se les dijo

que les pasaría lo mismo si intentaban huir. *Una desgraciada madre, que se negaba á tomar sobre sus espaldas una pesada carga, porque así no podría llevar á su niño, tuvo el dolor de ver morir á éste de un golpe en la cabeza.* Un hombre, cuyo cansancio le impedía seguir andando, fué despachado de un hachazo..... »

*
* *

« Nuestro camino serpentea por extensos campos; el maíz y las habas están maduras, pero no hay nadie que las coseche..... »

*
* *

« Una *barotsa*, joven agraciada, que se negó á casarse con un hombre que no era de su agrado, fué vendida por el caudillo á mercaderes de Benguela. Cuando la muchacha vió que se la iban á llevar, cogió una lanza, y hundiéndola en su pecho cayó muerta, librándose así de la esclavitud. »

*
* *

« ¡Ay! ¿Porqué no podré hacer una descripción exacta de los horrores de este tráfico de hombres, y decir con precisión el número de seres que anualmente perecen? Creo que si sólo la mitad de todas estas atrocidades se supieran, la lástima y la indignación impulsarían á las naciones á poner pronto término á este infernal comercio, por grandes que fuesen los sacrificios necesarios para este fin. Pero desgraciadamente no dispongo de datos suficientes,

y me tendré que limitar á referir lo que sé de esta parte del Africa. El coronel Rigby, cónsul inglés en Zanzíbar, nos dijo que sólo de la región del Nyassa 19.000 esclavos pasan anualmente por la aduana. Entiéndase bien, que aun cuando se hallan comprendidos en este número los que se exportan de las playas portuguesas, los que vienen de distinto país, no forman más que una pequeña parte de las víctimas. Sólo en el Africa central se puede formar una idea exacta de los horrores de este tráfico, pues allí Satanás mismo vive y reina. Por cada ciento que logran apresar, se matan millares, y mueren de sus heridas, de hambre y miseria, los que huyen de sus perseguidores. Los numerosos esqueletos que se ven en los caminos que conducen á aldeas despobladas, hablan con elocuencia de la horrible multitud de vidas humanas sacrificadas. A juzgar por lo que mis ojos presenciaron, abrigo la convicción de que por cada esclavo cogido, lo menos cinco víctimas perecen en la caza; pero si tomásemos por base de nuestra cuenta el valle de Chire, diríamos que por término medio el número de los que se venden vivos no alcanza la décima parte de todos los que sin provecho son sacrificados. »

*
* *

« El aspecto de esta desierta región, literalmente sembrada de huesos humanos, demuestra claramente que será imposible establecer un comercio regular con estas regiones, mientras no desaparezca de ellas el terrible azote del tráfico de esclavos. »

---

## STANLEY Y EL TRAFICO DE ESCLAVOS

Tomamos de la notable obra de este insigne explorador del Africa: *Cinco años en el Congo*, traducida á todos los idiomas de Europa, menos al español, los trozos siguientes (cap. XXVI), que se refieren á la interesante cuestión que nos ocupa.

«..... A la mañana siguiente, después de marchar dos horas, reconocí el sitio de una aldea que, en mi mapa de 1877, había indicado con el nombre de Maouembe. Pero en aquella época, la aldea estaba cercada y defendida por fuertes trincheras, mientras que hoy no existía ya ni aun la más ruin cabaña. Al aproximarnos á este punto, pudimos reconocer todavía los restos de algunas *bananas* y los vestigios de las veredas que antes conducían á la población; mas no había ya en el lugar ningún sér viviente. Un incendio voraz lo había destruído todo: la aldea había desaparecido, cual si su existencia no hubiera sido más que un sueño.

»Un poco más adelante, otro fenómeno llamó nuestra atención. Dos ó tres grandes botes, hundida la popa en tierra, se presentaban á nuestra vista er-

guidos en toda su altura á la orilla del río, semejantes á enormes troncos de árboles desprovistos de sus ramas. ¿Qué podía significar aquello? Los árabes sólo eran capaces, con sus hercúleas fuerzas, de haber colocado en tan extraña posición aquellos botes, que á manera de centinelas avanzados indicaban la proximidad de los cazadores de negros, más abajo de las cascadas de Stanley.

»Posteriormente supimos que aquí, en este país hoy asolado, había existido el pueblo de Yomburri. Poco después vimos en la misma orilla una nueva escena llena de miseria y de tristeza. Toda una ciudad convertida en un montón de escombros y cenizas; algunas *bananas* cortadas y de nuevo aquellas misteriosas lápidas sepulcrales en forma de botes enclavados en el suelo. Pero aquí, al menos, aun existían seres humanos que pudieran darnos una explicación de espectáculo tan desolador, y eran unos 200 indígenas que estaban acurrucados entre ruinas. Algunos de ellos tenían la cabeza apoyada en las manos; los otros nos contemplaban con atónitas miradas, en las que se retrataba, á la vez que el espanto, el más profundo anonadamiento. Aquellos ojos apagados parecían decirnos: «La crueldad de los hombres nos ha visitado; todo lo hemos perdido, la hacienda, la felicidad y hasta la esperanza. ¿Qué nuevos males podéis venir á inferirnos aún? Pues hemos sufrido tantas desgracias, que es imposible ya afligirnos con nuevas crueldades.»

»Acercándome á uno de ellos mandé á Yambila que le hiciese algunas preguntas.

»Entonces levantóse un anciano, agobiado por la desesperación no menos que por los años, y empezó

á referirnos la historia de sus desdichas con enternecedora elocuencia. «La aldea — nos dijo — había sido sorprendida por una horda de bandidos que llenaban el aire con feroz gritería y ensordecedores disparos de escopeta. Estos salteadores estrangularon á todos los habitantes que intentaban salir huyendo de sus chozas, y ni aun la tercera parte de los hombres que componían su población pudo salvarse, mientras las mujeres y los niños eran por fuerza arrastrados, Dios sabe á dónde.

— ¿Y qué dirección tomaron los malhechores? — le hice preguntar.

— Río arriba, y de esto hace ya ocho días.

— ¿Prendieron fuego á todas las aldeas?

— Sí, señor, á todas, sin excepción alguna, de ambos lados del río. »

» Hasta aquí el relato del anciano.

» En la madrugada del 17 de Noviembre nos detuvimos algún tiempo en la orilla para cortar leña, cuando de pronto percibí un bulto al que arrastraba la corriente. La barca se acercó al objeto que llamaba nuestra atención; y cuál no sería nuestro horror al ver que eran dos cadáveres de mujeres, atados con una soga, y de cuyo aspecto se deducía que el crimen había sido cometido unas 12 horas antes. Todavía pensábamos en este triste suceso, adelantando por el río á fuerza de remos, cuando vimos ante nuestros ojos, en la orilla derecha, una multitud de objetos blancos, que con ayuda de mi catalejo pude convencerme eran grupos de cabañas, lo cual nos hizo comprender que allí se hallaban los árabes de Nyangüe. Durante algunos momentos luché conmigo mismo, sintiéndome interiormente im-

pulsado á castigar á los autores de tantas carnicerías y de tan horrendos crímenes. El recuerdo de las casas incendiadas, de los hombres arrancados de sus hogares, de aquel anciano, que fué tan elocuente en su dolor, y de los cadáveres de las mujeres, que encontraron en el río su blanda tumba, todo eso clamaba venganza. Pero después vino la reflexión. ¿Qué derecho tenía yo para tomarme en Africa la justicia por mi mano? ¿Y de qué había de servir el castigo de los culpables? Todos aquellos crímenes no tenían ya remedio; frías estaban las cenizas de las chozas incendiadas; la tierra había bebido la sangre de las víctimas..... y, sin embargo, todavía los prisioneros se hallaban en poder de los árabes; aun había que mitigar dolores, consolar desdichas y enjugar lágrimas, cuyo abundante manantial no estaba agotado aún.

» ¿Qué provecho sacaríamos de esta fértil comarca, si permitiésemos que los bárbaros la talasen por completo?

» Desembarcamos al fin, y sentamos nuestro campamento algo más arriba del de los árabes, yendo poco después nuestros zanzibareños á saludar cordialmente á los Mañemas, servidores de Abel-Ben-Alim, que acababan de devastar el país con el fin de llevar á su señor, nuevo marfil y más esclavos. Esta banda de malhechores, que se hallaban á las órdenes de algunos capitanes, cuyos jefes eran Karema y Kiburuga, hacía diez y seis meses que habían partido de la villa de Uane-Kirundu, sita á 50 kilómetros de Kiña-Nyara. Durante once meses talaban toda la comarca entre el Congo y el Zubiranzi, y ahora se preparaban para dedicarse á la misma obra destructora

entre el Biyerre y Uane-Kirundu. En mi mapa pude ver que el país que acababan de visitar, al lado izquierdo y derecho, comprendía una superficie de más de 55.000 kilómetros cuadrados; 32.000 kilómetros más que Irlanda, y que su población era de un millón, poco más ó menos.

» El campamento de bandidos distaba del nuestro unos 125 metros, y se hallaba defendido por una empalizada hecha con los restos de las casas destruídas de Yangambi.

» En medio del terreno que encerraba la cerca había una porción de cobertizos que ocupaban unos 100 metros cuadrados; en la orilla pude contar 54 botes de diferentes dimensiones, en cada uno de los cuales cabrían de diez á cien personas. El campamento estaba atestado de gente. Por todas partes veíanse grupos de negros inmóviles, silenciosos y huraños unos, ó corriendo inquietos los demás en todas direcciones, destacándose su negra tez de entre los blancos jaiques de los árabes. Bajo los cobertizos veíanse cuerpos desnudos, tendidos en apretadas filas de algunos desdichados que dormían; niños de corta edad, cuyos tiernos miembros, poco desarrollados, no permitían adivinar su sexo; en algunas partes grupos de ancianas encorvadas bajo el peso de cestas llenas de bananas ó de carbón de piedra, conducidas por dos ó más bandidos armados de carabinas. Cuando pude contemplar la escena de más cerca, observé que los infelices todos iban atados con cadenas, y que los jóvenes tenían además al cuello unas argollas enlazadas entre sí por anillos, hallándose divididos en grupos de veinte en veinte. Los niños llevaban ata-

das á las piernecitas cadenas de cobre, que embarazaban sus movimientos; y las madres tenían sujetas á las muñecas cuerdas con que arrastraban á sus tiernos hijos. Ni un solo hombre robusto vi entre tan demacrada muchedumbre.

» Según ellos mismos dijeron, los cazadores no conducían entonces más que 2.300 esclavos, y sin embargo acababan de talar un país de mayor extensión que Irlanda, destruyéndolo todo á su paso. Ciento diez y ocho aldeas, que formaban 43 distritos, se hallaban totalmente despobladas, sin que tan horrenda obra de destrucción proporcionase á los malhechores más que 2.300 esclavos entre mujeres y niños, y 2.000 colmillos de elefante. La gran cantidad de dardos, sables y armas de todas clases que formaban el botín, indicaban que centenares de hombres aguerridos habían caído combatiendo por la libertad de los suyos, no conseguida ni aun á precio de tanta sangre.

» Suponiendo que cada una de las 118 aldeas tuviese una población de 1.000 habitantes, resultaría que los árabes habían sólo apresado á un 2 por 100; y si descontamos, como es natural, los muchos que habrían muerto durante la fatigosa marcha á los horribles mercados, podemos decir que de estas devastadoras expediciones sus miserables héroes no sacan más ganancia que la de 1 por 100 de la población por ellos aniquilada.

» Los bandidos mismos me aseguraron que cuatro transportes de esclavos tan numerosos como el que conducían, habían llegado ya á Nyangüe. Estas cinco expediciones dejaban el vasto territorio por donde viajábamos, asolado y desierto. Calculo en

10.000 el número de esclavos que llevarían á los mercados, y como la mitad mueren en el camino, no llegarían á Nyangüe, Kirunda y Kibondo más que unos 5.000, es decir, un medio por ciento de la población entera. ¡Cuánta sangre derramada, cuánta existencia perdida para obtener tal resultado!

» Hagamos la cuenta. En las citadas 118 aldeas, los árabes hicieron 3.600 prisioneros, para lo cual tuvieron que pasar á cuchillo 2.500 hombres capaces de llevar armas, pereciendo de hambre, heridas y enfermedades 1.300 de los que sobrevivieron después de aquella horrible matanza. De consiguiente, la captura de 10.000 esclavos en las cinco expediciones costó la vida nada menos que á 33.000 seres humanos. Y ¿qué esclavos eran los que tantas vidas habían costado y por los que se había derramado la sangre de sus padres, esposos y hermanos? ¡Flacas y débiles mujeres, macilentos y casi moribundos niños.....! *¡La captura de uno de ellos de cuatro años costó la vida á toda una familia compuesta de seis personas!!*

# LOS MÁRTIRES DE UGANDA [1]

El teatro de las crueles persecuciones que sufrieron los primogénitos del cristianismo en el África central, fué la corte y el palacio del poderoso Rey negro de Uganda. Bajo el reinado de su predecesor Mtessa, los cristianos no tuvieron que sufrir vejaciones de ningún género; pero Muanga, que se dedicaba igualmente á la trata de negros, vendiendo sus presos á los mercaderes árabes, llegó á tener gran desconfianza de los cristianos. Empezó por quitar la vida á su favorito José y á otros tres más. Después de este primer hecho sangriento, el Rey, receloso de las consecuencias de sus propias villanías, dijo, para explicar su proceder: «Yo acabaré con los cristianos, haciéndolos matar á todos; pues ellos, que obtienen de su Dios todo lo que le piden, y que antes me consideraban como su amigo y oraban por mí, librando así mi vida de todo peligro, ahora le suplicarán que me destruya..... así pues, me desharé á cualquier precio de todos estos criminales.»

1 Artículo publicado por el P. Lourdel, en las *Missions catholiques*, y traducido por nosotros de la versión alemana de la Koelnische Volkszeitung.

La hija del difunto rey Mtessa había quemado, después de su conversión, todos los amuletos que recibiera al nacer, y que, según la costumbre pagana, hubieran ocasionado á su muerte muchos sacrificios humanos. Por este motivo, la Princesa fué quemada viva juntamente con su esposo, que se estaba preparando para recibir el bautismo.

Algunos días después, Muanga sorprendió en un paseo de la corte del reino á uno de sus pajes, Dionisio Sebugguao, en el acto de instruir á un camarada suyo en las verdades de la religión cristiana.

— ¿Qué haces ahí? preguntó el Rey.

— Le enseño el catecismo, contestó el buen muchacho.

Muanga, fuera de sí, gritó furioso:

— Espera, que yo te daré tu merecido; y diciendo esto atravesó al joven con su espada.

El asesinato de esta inocente víctima fué la señal de una gran persecución por todo el país. A media noche el Rey llamó á su ministro Katikiro, y le mandó ejecutar á todos los «que rezan» — pues este es el honroso título que los bárbaros dan á los cristianos. Cerráronse en seguida las puertas de la residencia real, y los porteros recibieron la más estricta orden de no dejar salir á nadie.

Enterado de lo que había ocurrido, dice el padre Lourdel, me apresuré á venir en auxilio de mis fieles, que vivían en la corte. En el camino ví tropas armadas, que el Rey había enviado á perseguir á los cristianos. «Llego tarde, me dije á mí mismo, para conjurar la tormenta.» Sin embargo, proseguí mi viaje, poniendo mi vida bajo el amparo de Dios; pues nadie podía prever qué sería de mí. Al

llegar á las chozas que componen la residencia del «Kbakka» (Rey), todo estaba tranquilo; reinaba allí el silencio de la muerte. Las pocas personas á quienes encontré me miraban con asombro, cual si quisieran decir: «¡Qué atrevimiento se necesita para presentarse ante el Rey en semejante ocasión!» Me esforzé por ocultar la emoción que me embargaba, y con paso firme subí por la cuesta á la choza que sirve de sala de audiencia. Allí encontré al ministro, á quien saludé como siempre, y luego me dirigí á los patios interiores, en los que me extrañó mucho que no se me impidiera el paso. Pero mi admiración aumentó, cuando ví allí á nuestros cristianos moverse libres como si nada hubiera sucedido. ¿Será invención todo lo que me han contado, ó acaso lo habré soñado yo? me pregunté.

Desgraciadamente no era así. Dios me había reservado el triste consuelo de llegar á tiempo para ver por mis propios ojos encadenar á mis queridos hijos y darles el postrer adiós, al marchar ellos al último combate. Pronto ví que los jefes de las diferentes clases de criados, escogían á los cristianos y los reunían cerca de la puerta de la choza real. Algunos de nuestros recién convertidos estaban radiantes de alegría, otros parecían atemorizados, mientras que varios contestaban con orgullo á los amigos, que les inducían á salvarse: «¿Salvarnos? ¿Y para qué?»

Carlos Luanga, jefe del grupo de pajes en que teníamos más cristianos, fué citado el primero con su sección.

El rey les dirigió las más severas reprensiones por su religión y terminó, diciendo: « Los que oráis, á este lado.»

Entonces Luanga y Kisito, éste último catecúmeno de constancia y energía poco comunes en sus cortos años, se colocaron en el lugar señalado por el Rey, siguiendo su ejemplo los cristianos de su grupo. Para alentarse mutuamente y no perder el ánimo en el momento decisivo, Luanga y Kisito habían convenido en asirse de las manos.

A una señal del Rey los verdugos se arrojaron sobre aquellos valerosos confesores, atándolos con gruesos cordeles y arrastrándolos hacia fuera con malos tratamientos.

Los niños formaban como un grupo compacto, atados tan estrechamente que apenas podían andar. El joven Kisito se reía de tan extraña situación, y estaba tan alegre como si se tratase de un juego con sus camaradas. Este valeroso mártir era hijo de uno de los hombres más eminentes del reino; varios de sus hermanos ya son cristianos, y se señalan por su celo y valor. Kisito era digno de ellos, y desde hace mucho no dejaba de rogarme fijase la fecha de su bautismo. En efecto, quería cumplir su ardiente deseo dentro de pocos días, pero Dios había resuelto purificar esta noble alma en su propia sangre.

Alejados Luanga y sus camaradas, compareció ante el Rey el grupo de pajes que llaman *bagalagala*, en el cual contábamos pocos cristianos. Pero éstos se mostraron fuertes é inflexibles, y fueron atados y conducidos fuera del patio como los anteriores. Por cada grupo de cristianos que sale con dirección al lugar del suplicio, los paganos entonan un himno de gratitud, porque el Rey les ha perdonado el crimen de oración, aunque nunca le habían cometido; porque es tan frecuente ser condenado á la última

pena sin culpa alguna, que se considera ya como un favor que el rey no mande cortarle á uno las orejas ó arrancarle los ojos por mera sospecha.

Carlos Luanga, el que guiaba á los pajes cristianos, fué separado de sus compañeros y quemado á fuego lento, sufriendo su largo y doloroso martirio sin exhalar una queja.

Los tres pajes más pequeños, Simeón Sebuta, Dionisio Naminca y Helaba, hubieron de ablandar el corazón del primer verdugo. El viejo Mkadjanga (verdugo), que nunca había ejercido su cruel oficio en niños de tan tierna edad, decidió salvarlos, diciéndoles: « Declarad que ya no queréis rezar, y el Rey os perdonará. » Mas los angelitos contestaron unánimes: « No dejaremos de rezar mientras vivamos. »

El Mkadjanga no quiso insistir, esperando que la ejecución de sus camaradas les hiciera más efecto que sus consejos. Condujo, pues, á todos á la colina de Namugongo que se eleva enfrente de la Iglesia de Santa María de Rubaga. Treinta y tres eran los mártires aquel día.

En el lugar del suplicio había preparado un enorme montón de ramas secas, de las que los verdugos hicieron haces, á cada uno de los cuales ataron á un niño. Como no preparasen ninguno para Simeón Sebuta, exclamó éste: « ¿Dónde está mi haz? que todos tienen el suyo, y yo quiero también el mío. » Le ataron entonces como á los otros, pero le pusieron á un lado con sus tiernos compañeros, Naminka y Helaba. Hechos ya todos los haces, fueron colocados unos sobre otros, formando una enorme pila, digno altar de aquel cruento sacrificio.

Entre estos pobrecitos se hallaba también el propio hijo del verdugo, el joven Mbaga. Su padre había ensayado todos los medios para arrancar á su hijo una palabra de abjuración, mas todo fué en vano; pues el niño se había dejado atar sin despegar los labios. En el último momento, el padre hizo un nuevo esfuerzo. « Hijo mío », le dijo, « deja sólo que te esconda en mi casa; nadie irá á buscarte allí y nadie te encontrará. »

« Padre », respondió el valeroso niño, « no quiero que me escondas. Tú eres esclavo del Rey, y te ha mandado que me mates. Yo conozco la causa de mi muerte, que es mi fe. Mátame, pues, padre mío. »

Como el padre viese que nada podía lograr contra la firme voluntad de su hijo, quiso ahorrarle al menos los horribles dolores de la muerte por el fuego, y mandó á uno de sus ayudantes que desatase al reo y le diese un golpe en la nuca; que es como el verdugo suele ejecutar á sus amigos. Así se hizo; y el cadáver fué colocado de nuevo en su sitio.

Entonces se prendió fuego á los haces, y los mártires empezaron á recitar juntos las oraciones que habían aprendido de nosotros. Entre tanto los verdugos les gritaban: « Sabed que no somos nosotros los que os matamos. *Nende* es quien os mata y *Mkasa* y *Kibuka*; estos son nuestros dioses y los que os castigan, porque los habéis llamado « masitani » (demonios) ». Varias voces contestaron de en medio de las llamas: « Si son los demonios los que nos matan, vosotros sois sus ministros. »

Media hora después el fuego había devorado los haces, y sólo podía verse una fila de cadáveres medio carbonizados y cubiertos de ceniza.

El pequeño Simeón y sus dos compañeros esperaban su turno con impaciencia. «No os inquietéis, les decían los verdugos: os reservamos para fin de fiesta, á ver si perseveráis en vuestra terquedad; pero os perdonaremos si renegáis de la Religión cristiana.»

Sin embargo, los pajecitos se mostraron inquebrantables en su propósito. El viejo verdugo, que veía por primera vez á unos niños de tan tierna edad hacer frente á la muerte, no sabiendo qué decir en medio de su asombro, les hizo desatar y conducir de nuevo á la cárcel.

Tal vez fué una inspiración de Dios lo que le indujo á perdonar á los tres niños, para que ellos dieran á conocer los pormenores del martirio de los 34 pajes del Rey de Uganda. Algunos días después el verdugo dijo al Monarca, que aún no había ejecutado á los tres pequeñuelos, porque esperaba que se convertirían, cuando estuvieran fuera de la influencia de sus camaradas. Muanga le reprendió por eso, pero sin mandar la ejecución. Estos tres valerosos confesores fueron, pues, los únicos que sobreviven de todos los pajes condenados al suplicio.

Sus gloriosos compañeros no fueron los últimos mártires que la persecución alcanzó. Debemos citar además á Matías Murrumba, cristiano muy fervoroso, que, bautizado desde 1882, había excitado el odio de los gentiles.

Era Juez de uno de los distritos más importantes del reino, y fué arrestado á los pocos días de promulgada la orden de persecución. Lleváronle ante el Ministro, quien, dirigiéndole una mirada llena de desprecio, le preguntó: «¿Es ese Murrumba? ¿Eres

tú quien á tu edad has abrazado la Religión cristiana? »

— Sí, soy yo — respondió Murrumba.

— ¿Por qué rezas? — volvió á preguntar el ministro.

— Porque quiero rezar — contestó aquél.

— ¿Has despedido á todas tus mujeres; debes, pues, guisarte tú mismo la comida? — preguntó en tono burlón el ministro.

Murrumba vivía en pacífico matrimonio con una cristiana, después de haber despedido á sus antiguas esclavas. Seguro de la suerte que le esperaba, preguntó:

— ¿He comparecido aquí por mi flaqueza ó por mi religión?

Dirigiéndose á los esbirros, «llevadle al suplicio», les dijo.

— Eso es lo que deseo — replicó Murrumba.

— Verdugo — dijo Katikiro el ministro, que se sentía humillado por el tono enérgico de las respuestas del mártir — córtale los pies y las manos, y trozos de carne de sus espaldas, y fríelo todo á sus propios ojos. ¡Que su Dios le libre!

Murrumba repuso con noble arrogancia:

— Sí, Dios me redimirá; pero vosotros no veréis cómo esto sucede. Él llevará mi alma al cielo, y no os dejará más que mi envoltura mortal.

El Mkadjanga empezó á ejecutar al pie de la letra la bárbara orden del Rey, llevando á la solitaria colina de Savaridja al intrépido cristiano, que con las manos atadas y una soga al cuello, seguía á los verdugos con paso ligero y con alegría en el semblante.

Su amigo Lucas Banabakintu, que recibió el mismo día el Sacramento del bautismo, fué llevado también junto con él al patíbulo.

En el camino los verdugos encontraron á un hombre á quien yo no sé por qué tomaron por cristiano y le ataron para matarle, sin más formalidades, con los otros dos. Entonces, interviniendo Murrumba, dijo:

—Este no reza, dejadle ir, y sólo entonces le soltaron.

Los más horribles tormentos no lograron arrancar la menor queja á aquel heroico cristiano, aunque los verdugos empleaban cuantos medios les ocurrían para que no perdiese mucha sangre con el fin de evitar que su vida se acortase, y consiguieron tan diabólico propósito; pues mucho después de haberse ellos marchado, algunos esclavos que pasaban por aquel lugar, oyendo una voz que pedía socorro, acercáronse al sitio donde el mártir espiraba pidiendo un poco de agua para apagar su sed abrasadora; pero espantados del aspecto horripilante que presentaba aquel cuerpo destrozado, huyeron sin acceder á su ruego, dejando que su martirio fuese completo. Su compañero fué simplemente decapitado.

Mientras que así se dió muerte á Murrumba, un bando de merodeadores fué al pueblo donde residía para apoderarse de sus bienes y de los cristianos que allí hubiese. Entre éstos se hallaba un joven, de nombre Noë Muaggali, que hacía algunos meses había sido bautizado y se señalaba por la suavidad de su carácter y su fervorosa devoción. Su jefe, Mkuenda, le apreciaba mucho, porque era un buen

trabajador; pero temiendo la ira del Rey, lo entregó, y Noë cayó muerto por las lanzas de los bandidos. Su hermana, que en aquel momento trabajaba en los bananales, se escondió, no volviendo á aparecer hasta que los villanos, acabada su obra, se marcharon. Entonces supo que habían matado á su hermano á causa de su religión, y corriendo tras de los asesinos, les gritó:

« Habéis matado á mi hermano porque rezaba; yo rezo igualmente que él: matadme, pues, también á mí. »

Tal valor en una joven, no pudo menos de imponer hasta á aquellos inhumanos verdugos, cuyo jefe Mbugano resolvió perdonarla y casarse con ella. Pero ésta se negó á acceder á su pretensión. Mbugano, no insistió más, ya fuera por natural bondad ó por superstición, y hasta decidió salvarla. Así fué que, en vez de entregarla al Rey, que por lo menos la habría vendido, la escondió, preguntándonos si podíamos darla un asilo, y añadiendo que muy contra su voluntad y sólo por orden del Rey había sorprendido la villa de Murrumba y que de muy buen grado nos entregaría los hijos del muerto y los cristianos que estaban presos. Como es natural, aceptamos estas proposiciones, y actualmente la hermana de Noë se encuentra con una familia residente en una pequeña aldea cerca de la misión, sirviendo de madre á los huérfanos de Murrumba, de los cuales el menor no tiene más que dos años.

El desprecio de la muerte que nuestros cristianos mostraron, y su serenidad en medio de los más terribles sufrimientos, han llenado de asombro al Rey

y demás paganos, los cuales creen que los cristianos encantados por nuestras instrucciones, ya no pueden librarse de aquel encantamiento que los hace desdeñar todos los placeres de la vida y hallar dulzura inefable en los horrores de la muerte. Para deshacer á su hija de este encanto, un grande del país acudió á un medio tan cruel como estúpido. Viendo que todas las caricias y amenazas que había apurado eran inútiles, tomó un cuchillo é infirió á la joven cristiana varias heridas en la cabeza, diciendo: Por estas aberturas saldrán las malas enseñanzas que recibiste, y el encanto huirá de tí. La niña chorreaba sangre, pero su fe y el «encanto» no desaparecieron. »

Hasta aquí el relato de las persecuciones de Uganda.

Quizás, no sin motivo, hemos creído avivar el interés de nuestros lectores hacia las naciones del Africa central, insertando este acta del martirio de sus tiernos y valerosos hijos, no menos conmovedora que la de San Pancracio, uno de los héroes de *Fabiola*, la interesantísima novela del sabio Cardenal Wiseman.

## LOS HORRORES DE LA ESCLAVITUD EN MARRUECOS

PARA que los cristianos puedan formar una idea de los horrores de la esclavitud en Marruecos, contra la que sostiene cruzada tan gloriosa el Cardenal Arzobispo de Argel, bajo la protección de León XIII, vamos á reproducir algunos párrafos del artículo escrito por D. Manuel Cabello, misionero de la Propaganda.

« Una de las instituciones (dice el Sr. Cabello) que en Marruecos, como en todo país musulmán, está más en auge, es la esclavitud. Parece increíble la importancia que en este viejo pueblo tiene el comercio de esclavos. La insignificancia de la industria marroquí, su comercio casi nulo y sus campos abandonados, contrastan notablemente con la vitalidad que el tráfico de seres humanos presenta en todas las poblaciones de alguna importancia. Estos desgraciados proceden, en parte, del Sudán, y su mayor número de Timboctú. En Tenduf y Mussa, poblaciones del Sur, se celebran anualmente, por Agosto y Septiembre, unas ferias muy concurridas, que los moros llaman de Sidi Hamadon, y en ellas se efectúan las ventas de esclavos al por mayor.

Mussa dista unas siete jornadas de Mogador hacia el Sur, y cuarenta y cinco al Norte de Timboctú. Calcúlese, por lo tanto, el estado miserable que presentarán estas infelices víctimas, después de mes y medio de viaje por el desierto, amarrados unos á otros con fuertes cadenas. Las jóvenes y los muchachos son, por regla general, conducidos en mejores condiciones, á fin de conservarles mejor aspecto y obtener así una ganancia superior. Las transacciones son raras veces en metálico; las más á cambio de géneros de algodón, quincalla, azúcar y té, de importación inglesa. Las caravanas vuelven á sus desiertos cargadas de estos productos, y los negreros marroquíes renuevan la operación de atar al cuello de los esclavos las argollas, emprendiendo la marcha con su mercancía á los principales centros de contratación, Marruecos, Fez y Mequinez, de donde se distribuyen después por todo el imperio.

» Anualmente entran en el territorio del Sultán de cuatro á cinco mil esclavos. Los precios en el mercado marroquí son los siguientes:

| | | |
|---|---|---|
| Un negro trabajador..... | 75 á 100 | duros |
| Un joven negro..... | 30 á 50 | » |
| Un niño negro..... | 15 á 20 | » |
| Una negra de 8 á 14 años... | 40 á 60 | » |
| Una ídem de 14 á 21 id..... | 25 á 30 | » |

» Y con ser esto de suyo sobrada infamia, no lo es tanto cuando se considera el derecho de importación fijado por el Sultán sobre los esclavos. Por término medio, el Tesoro imperial cobra sesenta duros por cabeza; de modo que anualmente van á manos del Sultán 224.000 duros, como mínimum, producto de tan execrable tráfico. El pudor veda consignar

las humillaciones por que pasan las jóvenes expuestas al mercado, y el cinismo con que estas operaciones se llevan á cabo. Una vez en casa de sus nuevos amos, adoptan la religión y los hábitos del país; y como entre moros el trabajar es poco menos que *jaram*, sacrílego, y la indolencia, la pereza y la holganza son las más claras virtudes, de aquí que, si ante la ley son esclavos, en realidad se diferencian bien poco del común de los habitantes. Esto no impide, como desde luego se puede comprender, casos excepcionales. Y, en efecto, se dan algunos, tal vez con sobrada frecuencia, de crueldad inconcebible. Algunos hemos oído referir por conductos autorizados é imparciales, verdaderamente espantosos.

» Al contingente de estos desgraciados, venidos del otro lado del desierto, hay que añadir los nacidos en territorio marroquí, de padres libres, reducidos violentamente á servidumbre por medio del robo ó del pillaje. Como en Marruecos no le es fácil á nadie comprobar su personalidad fuera del radio en que es personalmente conocido, suele acontecer que muchos infelices son cogidos y estigmatizados y puestos después á la venta sin que nadie pueda impedirlo. Las luchas que el Sultán sostiene á diario con sus súbditos terminan, bastantes veces, en provecho de la esclavitud. Si las kábilas rebeldes no se someten de grado, y los reveses de la fortuna las obligan después á entregarse á discreción de las hordas vencedoras, los hombres huyen á otras provincias, cuando han logrado escapar con vida; mas las mujeres y los niños son hechos prisioneros y vendidos como esclavos. En 1886 vendieron los tra-

ficantes de su ciudad de Marruecos, en los mercados y calles de la ciudad, las mujeres y muchachos de la kábila vencida de Haoura, al precio de tres y cuatro pesetas las mujeres, y ocho, nueve y diez pesetas los jóvenes de ambos sexos.

» No creemos que nadie que conozca, siquiera sea someramente, las condiciones políticas de Marruecos y sus relaciones con las Potencias, pueda forjarse muchas ilusiones sobre la cura pronta y radical de ninguno de los grandes males que sufre este país; pero tal vez sería fácil á Europa hacer algo, y quizá mucho, en este sentido, impidiendo por el pronto la importación de nuevos esclavos, extinguiendo los mercados en el interior, y dando libertad á los que nazcan en adelante de tales padres. Para esto se necesitaría la acción colectiva de Europa. La divergencia de intereses y de opiniones obliga á los representantes europeos de Tánger á no entenderse casi nunca, y á no emprender ni solicitar ninguna reforma radical del imperio, si con ello se ha de disgustar á las autoridades del Sultán, y se ha de perder, como consecuencia, la amistad y la poca ó mucha influencia y prestigio que se tenga con Muley Hassán y su corte.

» Resumiendo todo lo dicho, podemos sacar las siguientes conclusiones:

» 1.° Que Marruecos es hoy el *único* [1] territorio de África donde libremente y sin ninguna dificultad ni restricción se comercia en carne humana.

» 2.° Que Marruecos es, por lo tanto, uno de los

---

1 Ya saben los lectores cuán errónea es, desgraciadamente, esta creencia.

mercados más seguros y que más contribuyen á fomentar la esclavitud en el Sudán, donde tantos y tan generosos esfuerzos se han hecho y se hacen, en parte infructuosos, mientras tenga por aquí buena y gananciosa salida la mercancía humana.

» 3.° Que nada se ha hecho, hasta el presente, que tienda de una manera eficaz á la abolición de tan execrable tráfico.

» 4.° Que á pesar de haberse prohibido por el Sultán la venta pública en los puntos del litoral, sigue ésta haciéndose privadamente tan floreciente como antes.

» 5.° Que la pronta y la favorable acogida que el Sultán prestó á las reclamaciones de los europeos, prohibiendo la venta pública en el litoral, y las buenas disposiciones y sentimiento que en casos análogos ha demostrado Muley Hassán, dan testimonio de la nobleza de sus intenciones, y parece indicar que, al mantener la esclavitud en sus Estados, obedece á la fuerza de las costumbres del país más que á los impulsos de su corazón.

» 6.° Que la acción colectiva de las Potencias, sin necesidad de recurrir á las armas y sin grandes esfuerzos diplomáticos, podría muy bien concluir con la esclavitud y otros crímenes que con ella se enlazan y relacionan, como se ha hecho con mayores dispendios y sacrificios en los demás países mahometanos.

» ¿Será la próxima Conferencia de Madrid ocasión propicia?

» Hasta el presente, poco ó nada se conocía de este imperio: hoy las miradas del mundo culto y cristiano se fijan en el Moghreb. Gloria será, y no

escasa, la que para sí recobrará la nación á quien se deba la abolición de la esclavitud de Marruecos. Merecerá bien de la humanidad y de la civilización.»

¡Ojalá llegue el día en que desaparezca esa infame trata de esclavos, que á las mismas puertas de Europa tiene lugar, y que es un verdadero ludibrio de la civilización y del progreso humanos!

# CONSIDERACIONES

El doloroso cuadro pintado por las descripciones que preceden, tomadas todas de documentos de indudable autenticidad, que algún día servirán de base para escribir la historia del origen de la civilización africana, bastará para imprimir en el alma del compasivo lector una idea de los sufrimientos que abruman á la raza negra, y hacerle estremecerse ante el abismo de miseria en que está sumida, y de cuyas profundidades espantosas elevando sus encadenadas y suplicantes manos, no sólo al cielo y á los Misioneros, sino á todos aquellos cuyo corazón albergue nobles sentimientos de caridad cristiana y aun de humana filantropía, con angustiosa voz les dice: ¡Salvadnos por Dios, libertadnos, que sin vuestro auxilio pereceremos!

¿Qué alma no se ha conmovido al leer estas páginas que, aunque mudas, parecen exhalar amargas quejas y angustiosos suspiros? ¡Con cuánta mayor razón no debemos suponer, pues, que los cristianos todos, y particularmente nuestros hermanos católicos, sientan emoción profunda ante tan tristes relatos y abriguen el vehemente deseo de

prestar la ayuda que les sea posible á tan desventurados seres!

No es sólo la humana compasión ó la mal llamada filantropía, la que á nosotros los católicos debe inducirnos á apiadarnos y desear poner inmediato remedio á tan grandes males.

Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII declaró el 5 de Mayo último, que de todos los regalos que el amor de los fieles le había ofrecido con motivo de su Jubileo Sacerdotal, ninguno había consolado tanto su apesadumbrado corazón de Padre, como la emancipación de los esclavos del Imperio brasileño.

¡Piadoso y benévolo lector! ¡Qué aviso tan noble dan estas palabras de inmensa gratitud, á los corazones de los hijos leales de nuestro Padre común, el venerable Pontífice que rige en tan azarosos tiempos la nave de San Pedro!

Todavía no ha pasado el año del Jubileo; aún es tiempo de solemnizar estas hermosísimas fiestas de la Iglesia Católica de tal manera, que su recuerdo dure en los siglos venideros, con tal que en este mismo año echemos los cimientos á una obra destinada á sazonar frutos de valor imperecedero y á grabar el nombre de León XIII en los corazones de la generación presente y en la memoria de las futuras generaciones.

¡Ojalá, pues, que la emancipación de los esclavos africanos tenga su origen en el Jubileo del Soberano Pontífice!

¿Crées además, lector cristiano ó piadosa lectora, que un católico pueda mirar con indiferencia á aquel venerable anciano, apóstol de los negros que, des-

oyendo el consejo de la vejez, que le disuade de pasar fatigas, emprende con aliento juvenil un viaje por Europa y predica en este continente la cruzada contra hordas más feroces que las de Atila? Compara el gran sacrificio que se impone ese varón heroico, que bien pudiera, después de tantos trabajos, descansar y complacerse en la contemplación de los sabrosos frutos de su juventud y virilidad, con el insignificante y mezquino auxilio pecuniario con que encarecidamente nos ruega le ayudemos en su obra. Este ilustre varón, gloria de su siglo, es un astro de resplandeciente fulgor en el hermoso cielo de la Iglesia. ¿Permitiréis, pues, que nuestros nietos digan de él que emprendió y realizó muchas y grandes cosas, pero que hubiera podido llevar á cabo proyectos más sublimes, si no le hubieran abandonado aquellos mismos de cuyo concurso y ayuda debía estar seguro? ¡Si tal dijeran los que tendrán un derecho indisputable de juzgar nuestra conducta, se deshonraría por culpa nuestra el siglo de cuyas luces nos vanagloriamos; pero mayor sería la deshonra para los católicos, que no conocemos otro precepto más sagrado que el de amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos! No; esto no debe ser y no será. Justificaremos ante la historia nuestra ilustración como hijos del siglo XIX, y nuestro fervor religioso como hijos verdaderos de la Santa Iglesia Católica, legando á nuestros descendientes el glorioso recuerdo de haber elevado á los pobladores de todo un continente á la dignidad de libres y cristianos, cuando languidecían en vergonzosa y dura esclavitud y vivían sumidos en los absurdos errores del fetichismo. Consideremos que el beneficio ma-

terial que prestemos á los que carecen de la más elemental condición de todo bienestar humano, la libertad física y social, dispondrá favorablemente sus corazones no inaccesibles ciertamente á sentimientos de gratitud por quien les libre de tanta desventura, para las verdades consoladoras de la religión de aquel que se encarnó para igualarse á nosotros y murió la muerte de esclavo para redimirnos de otro yugo más infame que el que oprime á la raza negra.

Veremos de esta suerte con grandísima satisfacción, cómo el pequeño grano que pongamos en manos del sembrador, producirá frutos mil veces multiplicados. Afortunadamente sabemos que no hay raza que con más facilidad se convierta al cristianismo; y conocemos la entereza y el valor con que los negros dan testimonio de su fe, por los relatos de la persecución de cristianos en el reino de Uganda, en el año de 1886. Quien haya leído, hace dos años, con qué alegría negros recién bautizados, adultos y niños, y hasta catecúmenos sufrieron el martirio antes que renegar de su nueva religión, se habrá creído transportado á los primeros tiempos del cristianismo y habrá comprendido que el africano, bajo su negro pecho alberga un corazón noble y sensible, capaz de abrigar los sentimientos que inspira la religión redentora del Hijo de Dios y de producir el fruto apetecido con amor y perseverancia. Por eso debemos proponernos estudiar el problema que ofrece el insostenible estado del Africa central. ¿Hemos de renunciar á su más pronta y beneficiosa solución abandonando á aquellas naciones que sólo de nosotros esperan auxilio, á sus crueles verdugos, que

no tardarán en aniquilarlas, antes de que nuestros misioneros puedan introducirles en el reino de Cristo? ¿Hemos de permitir que los neófitos y catecúmenos sean sacrificados á los ojos de los misioneros, ó, lo que es peor, sean entregados á los mahometanos para ahogar en su alma los tiernos gérmenes de la religión cristiana y enseñarles el fanatismo de la ley impura de Mahoma? Contesta tú, humanitario filantrópico ó caritativo lector, y tú, lectora, que no puedes oir el relato de males mucho más insignificantes, sin que te enternezcas y conmuevas, y sin que acudas en auxilio de los desgraciados que de él necesiten.

---

Hasta aquí había yo escrito, cuando el Cardenal Lavigerie pronunció otro discurso en Bruselas, donde pudo leer á sus oyentes nuevas cartas que había recibido de sus misioneros. — Vamos á extraer de ellas algunos párrafos más, que sirvan para estimularos de nuevo, si mi palabra no acierta á excitar toda la compasión de que sois capaces.

Uno de los Padres refiere que al entrar en el territorio del Congo, asistió al entierro de un jefe indígena; consistiendo uno de los honores fúnebres que se le tributaron, en enterrar vivos en su misma sepultura á veinte de sus esclavos.

Otro Padre recibió la visita de un caudillo, el cual le rogó viniese también á verle, y para halagarle añadió:

— Cuando vengas, haré quemar delante de mi casa á doce de mis mujeres.

Esto le parecía la mejor prueba de respeto y con-

sideración, y sin duda también la mayor diversión que pudiera ofrecer á su huésped.

Meuka, otro jefe africano, tiene á su servicio una banda de músicos, y entre ellos muchos tambores; mas pareciéndole que los palillos no producían bastante sonido, el feroz salvaje *hizo cortar las manos á sus esclavos y á ellos les obligó á tocar el tambor con los muñones de los mutilados brazos.*

Mas no bastarían libros voluminosos para relatar todas las crueldades que cometen los cazadores y dueños de esclavos. Lo que saben los lectores basta para que se apliquen las palabras que, después de relatar aquellas nuevas atrocidades, dirigió el Cardenal á sus oyentes en Bruselas: «¿Comprendéis ahora por qué salí de mi país para invocar el auxilio de la Europa cristiana y civilizada? ¿Y era posible que un pastor de almas no pensase en el remedio de tan horribles males?»

Nosotros añadimos: ¿Es posible que la Europa cristiana, y en especial los católicos, nieguen su apoyo al Cardenal y permitan por más tiempo estos horrores? ¡No, y mil veces no! Remedio, pronto remedio exige la humanidad y pide la honra cristiana. Su Santidad ha sido quien ha enviado á su digno emisario por el mundo para que los Gobiernos concluyan de una vez con tan vergonzoso tráfico. Ya se despierta el entusiasmo por la santa causa en Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, y ¿querremos los alemanes, cuyas nuevas posesiones coloniales confinan con las regiones de las razzias, en cuya capital se firmó el tratado del Congo, que prohibe solemnemente en una de sus cláusulas el comercio de negros, querremos con todo esto quedar

en zaga al honroso ejemplo de otras naciones? ¿Y qué hará la hidalga y noble España? Ciertamente no la impulsarán tanto los motivos materiales como las siguientes consideraciones que sin duda alguna servirán para reforzar las que se fundan en los intereses del comercio y la honra racional de un imperio poderoso.

Ya varias veces se ha señalado la actual época de la invasión científica del continente africano, como el comienzo de los hechos con que la divina Providencia se propuso librar á los desgraciados hijos de Cham de la maldición que los persigue desde el impío crimen de su progenitor, derramando la luz del Cristianismo sobre el hasta ahora llamado obscuro continente, que atrae las miradas de los descendientes más dichosos de Sem y de Japhet. Y ¿no tenemos motivo para creer que los horrores mismos del comercio de esclavos, sirve de modo indirecto para allanar el camino á los emisarios de la civilización cristiana? Es verdad que las obras de Dios son maravillosas y no podemos nunca penetrar bastante en la profundidad de sus providenciales é insondables designios; pero sean éstas las que fueren, nuestro deber claro é ineludible es ahora el de apoyar con todas nuestras fuerzas los proyectos de su Vicario y de su dignísimo ministro el celoso Cardenal Lavigerie.

Haga cada uno lo que pueda. Quien se crea con capacidades y fuerzas para imitar las osadas hazañas de los Stanleys, Jouberts y Emin-Bajá, quien sepa manejar con vigorosa mano la espada y el fusil y pueda disponer libremente de su persona, quien aspire á conquistar laureles en nobles combates, que

escriba su nombre en la lista de aquellos que ya han contestado al llamamiento del Cardenal y esté dispuesto para el momento que se apele á su valor.

Los demás saben lo que la caridad cristiana exige de ellos: auxiliar con espontáneos socorros en metálico á los que vayan á arriesgar la salud y la vida para el bienestar físico y moral de nuestros hermanos del Africa.

Si algunas docenas de hombres de valor y energía alistan un corto número de jóvenes que sirvan para el caso y se dedican durante algún tiempo á la educación militar de los negros; si los millones de habitantes de Alemania, Austria, Francia, Inglaterra, Italia, España y demás países europeos, contribuyen con sus limosnas á procurar armas y municiones á las tropas negras que hay que formar, en breve la caza y comercio de esclavos serán un negocio estéril y peligroso, y la humanidad y el cristianismo habrán alcanzado una gloriosa victoria, que cubrirá de inmarcesibles laureles á los que á ella hayan contribuído.

Y puesto que hemos oído repetir al Cardenal con tanta insistencia «inmediato socorro es preciso y *bis dat qui cito dat*», comencemos la obra sin tardanza. Propaguemos por donde nos sea posible la noticia de los horrores que hemos descrito, y procuremos que la presente obrita llegue á manos de todos, pues todos sin excepción, hombres, mujeres y niños encontrarán en ella algo que despierte su interés y sus nobles sentimientos. ¿No es acaso su lectura tan interesante como la de las novelas que están desgraciadamente de moda, y cuyo desvaríos sirven, más que para nada bueno, para endurecer con el egoísmo

los corazones de los que beben sus cenagosas aguas?

No nos compete á nosotros discutir con qué medios y de qué manera podríamos cumplir mejor con el mandamiento de caridad cristiana, en el caso que nos ocupa. Nosotros no somos más que los mensajeros que os transmiten á vosotros, queridos lectores, la voluntad de Dios, los paternales deseos de Nuestro Santísimo Padre León XIII, los ruegos del apóstol del Africa y las súplicas de vuestros desdichados hermanos los negros de aquel inmenso continente. Sólo un deseo podemos expresar; el de que todas las naciones civilizadas se unan y formen una imponente liga, cuyo santo lema sea el siguiente: «¡Acabemos con la esclavitud á toda costa!» La unión constituye la fuerza, y esta verdad la reconoce y explota nuestro siglo, fundando tan crecido número de asociaciones, ligas y sociedades para los objetos más diversos. Utilicemos, pues, esta tendencia moderna á las obras cooperativas, para libertar, convertir y civilizar á los desventurados moradores del Africa central.

Bélgica ha sido, para honra suya, la iniciadora de la nueva Cruzada. Así como el belga Godofredo de Bouillón fué el principal héroe de la primera Cruzada á la Tierra Santa, también ahora los católicos belgas estarán al frente de las expediciones abolicionistas. El Cardenal reclama la inmediata cooperación de cien hombres valerosos que, movidos de entusiasmo por la santa causa de la libertad y de la Religión, estén dispuestos á dar principio al combate; con ellos, cree que podrá impedirse en gran parte la trata de negros en las orillas del Tangañica, esperando los recursos necesarios para esta

primera expedición de la caritativa liberalidad de los valerosos filántropos belgas. Pero esto no será más que un principio, y el resultado afectará solamente á un punto en la ribera del Tangañica, pues en la otra se encuentra el territorio alemán, de donde precisamente proceden los mercaderes que compran los esclavos á los cazadores de la colonia belga, lo cual nos enseña á dónde hemos de dirigir nuestros esfuerzos los alemanes, *dejando á las otras naciones el cumplimiento de los deberes que sus respectivos intereses les imponen.*

Facilitemos al Cardenal los medios para colocar destacamentos de tropas en todos los puntos donde se verifican las *razzias* y se ejerce el tráfico de negros; en una palabra, pongámosle en estado de poder comenzar y terminar felizmente la obra que ha emprendido para la salvación del continente africano. No es sin duda pequeño el sacrificio material, si queremos atender á los esfuerzos y sumas que tendremos que consagrar á esta empresa. Pero si todos toman parte en ella, será insignificante lo que tenga que dar cada individuo, *y podremos llegar á salvar la vida de un negro por la insignificante suma de una peseta!!*

El famoso explorador inglés Camerón escribe estas palabras: « Que todo el que quiera la abolición y supresión del comercio de esclavos, se mueva y ayude con su elocuencia, riqueza ó valor personal á los que puedan encargarse de la realización del proyecto. Que envíen á los Misioneros africanos, dignos auxiliares dispuestos á consagrar su vida á tan santa obra, todo aquello que necesiten. No son los discursos ni los escritos los que pueden regenerar el

Africa, sino los hechos. Quien quiera que se crea capaz de cooperar personalmente, que lo haga. No todos pueden viajar, ser apóstoles ó comerciantes, pero no hay quien no pueda prestar algún socorro á quienes vayan allá por vocación ó por gusto. »

No son nuevas estas palabras del célebre explorador inglés; pero á pesar de esto, no parecía haber llegado hasta ahora el momento de su realización. Sin embargo, sigámoslas pronto, correspondamos sin vacilar al llamamiento del Pontífice y su Cardenal, pensando en que cada día de tardanza cuesta la vida á 4 ó 5.000 negros. Pasemos en breve de las palabras á las obras, de las exclamaciones de indignación á los hechos. Ya que tenemos en Alemania tantas asociaciones que fomentan fines humanitarios y religiosos, fundemos otra que escriba en su bandera «la abolición de la esclavitud.» Todavía no ha habido nación ni persona á quien la beneficencia haya empobrecido. Contribuyamos, pues, todos con alguna cantidad para que tengamos pronto reunida la suma necesaria para la grande obra.

No quiero poner fin á este capítulo sin dedicar algunas palabras, con dolor y orgullo á la vez, á la memoria de un joven amigo nuestro, cuya noble alma huyó demasiado pronto para nosotros de su morada mortal, y el cual, lleno de compasión por los pobres negros, se resolvió durante los últimos días de su vida, á vivir con toda la modestia y hasta estrechez compatible con su posición y noble estirpe, para redimir á cuantos negros pudiera del yugo de la esclavitud, sin descuidar por eso las demás obras de la caridad cristiana. Este joven fué el conde Arminio de Stainlein-Saalenstein, á quien el

autor quisiera presentar como modelo á todos los que han recibido de Dios muchos bienes materiales y un alma compasiva. Su imagen se hallaba también presente ante los ojos del autor al escribir este librito. Ahora acabo de leer que la generosa condesa, su distinguida madre, ha regalado 20.000 pesetas en nombre de su hijo para la cruzada abolicionista, erigiéndole de esta manera el más hermoso monumento.

---

Habíamos [1] escrito los anteriores párrafos con el objeto de reasumir cuantas consideraciones creíamos favorables para producir en el ánimo de nuestros lectores decisivas resoluciones en bien de los infelices negros, cuando recibimos el siguiente documento que publicamos en capítulo aparte.

1 Los traductores.

# LLAMAMIENTO DE LOS NEGROS AFRICANOS

## Á SUS HERMANOS BLANCOS DE EUROPA [1]

HERMANOS:

Vosotros vivís en países donde hay justicia. Cuando por la noche os acostáis para entregaros al dulce reposo, estáis seguros de que no os despertarán bandos armados de malhechores que vengan á asesinaros y á prender fuego á vuestras casas. Cuando una vez se comete entre vosotros un crimen, la justicia interviene, persigue al culpable y le obliga á expiar su delito, castigándole como merece.

¡No sucede así desgraciadamente en nuestra patria!

Diseminados por un vasto territorio, sin unión, sin fuerza, sin armas, estamos entregados al arbitrario poder de los que nos cazan como á animales. Los más valerosos de nosotros caen luchando en de-

1 Este documento no es una ficción. Lo ha escrito un negro que estudia en Lille (Francia), para volver algún día como apóstol á su desgraciada patria. Cuando niño cayó en manos de los árabes, después de ver muertos á su padre y hermanos por los malhechores. Aún conserva su rostro los vestigios de sus largos sufrimientos. *(Nota de los traductores.)*

fensa de los suyos. ¡Ay! ¡No son éstos los más desgraciados!

Imaginad por un momento, que vuestro país fuese invadido por numerosas hordas de bárbaros salvajes; que cuando estuviéseis entregados al sueño rodeasen vuestras casas, y prendiéndolas fuego, no os dejasen más salida para escapar de la muerte que la de las llamas mismas, esperándoos armados en torno de la inmensa hoguera para mataros si ofrecíais la más mínima resistencia, y en caso contrario, separándoos de vuestras esposas, arrojándose con brutales instintos sobre vuestras hijas, atándoos fuertemente á vosotros mismos con argollas al cuello y cadenas á los pies, os llevasen juntamente con los otros esclavos, obligándoos á caminar sin descanso, casi sin alimento ni bebida, á aquellos malditos lugares donde hombres, mujeres y niños son vendidos como animales á los infames sectarios de Mahoma.

Imaginad que durante vuestra marcha tuviéseis que ver á cada momento á alguno de vuestros hermanos abandonado, moribundo en medio del camino para ser presa de hienas y chacales que devorando ansiosos sus macilentas carnes sólo dejasen huesos que habían de servir de guía en el desierto á las tristes caravanas que en pos de la vuestra llevasen el mismo camino con igual inhumano fin. Y si sobreviviéseis, todos los horrores, tormentos y privaciones del largo viaje; y que una vez en el mercado de carne humana, fuéseis cruelmente separados de vuestras esposas é hijos para convertiros en adelante en *propiedad* del comprador y pasar de la categoría de sér *racional* á la de *cosa;* siendo

instrumento de la molicie si sois hombre, y de los brutales apetitos, si sois mujer, de aquellos vuestros nuevos amos.

*Europeos, ¿comprendéis bien el horrible sentido de esta palabra «cosa»?*

Sois la propiedad de un hombre feroz, embrutecido, que adquiere y ejerce derechos sobre vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos, derechos ¡ay! que de tal manera contrarían todo sentimiento humanitario, que no es posible imaginarlos. ¡Qué martirio! ¡Qué atropello de la dignidad humana!

Y si os halláseis en semejante situación y viérais cómo otros hombres, hermanos vuestros, disfrutaban pacíficamente de los bienes de esta vida, viviendo en la opulencia y gozando de todas las comodidades y de todos los placeres, sin temor á una bárbara invasión que viniera á poner fin á tanta dicha, por tener á su servicio ejércitos que pudiesen defenderlos en caso de agresión, ¡ah! con cuánto anhelo no tenderíais las manos hacia ellos implorando su auxilio!

Y si fuese posible —¡no lo permitiera Dios! — que desoyesen vuestros ruegos, ¡qué desesperación tan grande no se apoderaría de vuestras almas!

¡Ah! ¡Vosotros que profesáis la Religión cristiana, no es posible que os asemejéis á aquellos seres desalmados que con brutal indiferencia ven morir á sus hermanos en medio de horribles sufrimientos, y sumirse á sus hermanas en el asqueroso cieno de la más inmunda corrupción moral!

*¡Nosotros somos mártires, vosotros seréis nuestros redentores!!*

No dudo yo un momento siquiera que escaseen generosos jóvenes dispuestos á combatir á los caza-

dores de esclavos; pero el adalid de la civilización y del Cristianismo en el Africa os lo ha dicho: « No basta sólo tener voluntarios, necesitamos también armas, y sobre todo, dinero, sin el cual nada puede emprenderse en el siglo en que vivimos. »

¿Qué hace falta, pues, para salvarnos?

El Cardenal Lavigerie lo ha predicado alto y claramente; la prensa ha propagado sus discursos, y quien quiera saber más, que lea el folleto que, con el título *Los horrores de la trata de negros en el Africa*, por Humanus, acaba de publicarse en Münster (Alemania).

En este libro se dice claramente que lo único que nos puede salvar es la beneficencia, la caridad cristiana, la verdadera filantropía que, en medio del propio bienestar, no se olvida de las penas, fatigas y sufrimientos del prójimo.

La modesta limosna del pobre, un poco de la abundancia del rico, esto basta para devolver á nuestros hermanos honra, vida y libertad, que puedan llevar á sus almas al conocimiento del Dios Uno y Verdadero, y guardar sus cuerpos de la degradación y del continuo sufrimiento.

Por eso confiamos en vosotros; por eso os decimos: ¡El caso es urgente: manos á la obra; pues cada momento que pasa entrega á millares de nuestros semejantes á la deshonra y á la muerte!

Dejad que hable vuestro corazón. Vuestra Europa tampoco ha disfrutado siempre de los bienes de la civilización y de la paz. Mostraos agradecidos por los beneficios que Dios os ha dispensado, y ayudadnos á ser lo que sois, civilizando al Africa. En vosotros, en Europa descansa nuestra esperanza, de

vosotros depende y esperamos toda nuestra felicidad.

Los sacrificios que hagáis en nuestro bien no serán perdidos. Africa es un país inmenso, riquísimo. Su población es numerosa, al menos allí donde no ha sido despoblada por los diabólicos árabes que surten los serrallos. Cuando una vez hayáis abierto paso á la civilización, vuestra industria encontrará entre nosotros un vasto mercado para la exportación. Lazos de mutuos intereses nos unirán, y la gratitud á que tendréis indisputable derecho, será de nuestra parte tanto mayor, cuanto más grandes fueren los sacrificios que hayáis hecho por nosotros.

¡Una palabra más, hermanos! Vosotros no sabéis lo que es sufrir. ¡Un día, un momento, es para el mártir un siglo, una eternidad! Para muchos de nosotros, la tardanza será la deshonra ó la muerte! ¡Ah, os lo rogamos, os lo suplicamos de rodillas, no aplacéis para mañana lo que podáis hacer hoy!

No miréis sólo las dificultades que podáis encontrar en vuestra empresa, antes de todo pensad en lo meritorio de la obra; seguid las inspiraciones de vuestro noble corazón y los preceptos de la religión cristiana que os dicen á una: ¡También el pobre desgraciado negro es hermano tuyo; él también es criatura de Dios!

En nombre de sus desdichados compatriotas,

**Farraghit Manuel Bienno,**
Antiguo esclavo.

---

# APÉNDICE

## BREVE RESEÑA

### DE LO REALIZADO HASTA AHORA EN OTROS PAÍSES

#### EN FAVOR DE LOS NEGROS DEL AFRICA CENTRAL

Basta examinar un mapa moderno del Continente africano para comprender que las naciones que tienen el más inmediato interés en que desaparezca la trata de negros en el Africa central son Inglaterra, Bélgica y Alemania.

El territorio que los cazadores de esclavos desolan del modo lastimoso que sabemos, situado al rededor del lago de Tangañica, que se extiende nada menos que 90 leguas de N. á S., confina al O. con el Congo, que comprende la mayor parte de la cuenca del río de este nombre y está bajo el protectorado del rey de los Belgas, sin dejar por eso de ser territorio internacional, abierto á todos los países; al N. con el imperio de Emin Bajá, alemán medio orientalizado, que habiéndose encargado de su administración en 1878, é incomunicado con el Egipto á consecuencia de la conquista de Kartum por el Mahdi, vióse obligado á trasladar su residencia de Lado á

Wadelai, sin que desde el año 1887 hayan vuelto á tenerse noticias suyas ni de Stanley [1], el famoso explorador y corresponsal del *New-York Herald*, que el año pasado emprendió una nueva expedición, remontando del valle del Congo por el de su afluente el Aruwimi, para llegar á la residencia de Emin Bajá; por último, al E. con países que en nuestro mapa hemos indicado con la vaga denominación «zona de intereses alemanes» al S., y «zona de intereses ingleses» al N., tratándose, no de territorios conquistados ni civilizados por dichas naciones, sino de antemano repartidos para evitar disidencias entre una y otra Potencia. Pero en una parte se ha izado ya la bandera alemana, y en la costa tiene esta nación varias estaciones de comercio, que conserva, no sin gran resistencia por parte de los indígenas. Una gran extensión del territorio de la costa pertenece sin embargo al Sultán de Zanzíbar, cuya capital se halla situada en la isla de este nombre, á seis grados Lat. Merid. Greenwich. Esta circunstancia ha permitido hasta ahora á los mercaderes de esclavos exportar su humana mercancía á los países mahometanos, y no cabe duda que el medio más sencillo para poner fin á tan infame comercio, sería extinguir ese inmundo foco de corrupción mahometana. Pero como ya lo ha hecho saber la prensa periódica, Inglaterra, Alemania, Francia y Portugal se han limitado á bloquear la costa con algunos de sus buques de guerra, que tienen dere-

1 Después de la impresión de la nota anterior, referente á estos dos exploradores, se ha sabido por los telegramas que ambos se hallan libres y prosiguen juntos su marcha hacia Zanzíbar.

cho de visita sobre los que recorren aquel litoral, para capturar todos los que se dediquen al transporte de esclavos.

Ya ven los lectores que más que ninguna potencia, Alemania está interesada en el territorio entre Tangañica y Zanzíbar. Ahora bien: cuando el Cardenal Lavigerie dió la voz de alerta, era natural que los alemanes pidieran al Gobierno que hiciese sentir su mano de hierro sobre los infames traficantes de carne humana, aparté de que la suerte de su compatriota Emín Bajá les inspiraba viva simpatía. Pero esta potencia, que por las razones que todos conocen, no distrae fácilmente su atención del Imperio ruso, ni de la República francesa, se mostró en un principio indiferente á este asunto, que causó profunda emoción en todo el Imperio.

Así fué que los católicos alemanes que han tomado tantas veces la iniciativa en obras buenas, por las que el Gobierno demostraba escaso entusiasmo, han dedicado, en su 35.° Congreso celebrado este año en Friburgo, una gran parte de sus trabajos, siempre fructuosos, al estudio de la importantísima cuestión que nos ocupa.

La discusión tenía por base una Memoria, que el Cardenal Lavigerie, imposibilitado de ir á Friburgo, escribió al Presidente de la Asamblea, y en la cual había expuesto todas las razones que á su juicio debían obligar á los alemanes á interesarse vivamente por la abolición del tráfico de esclavos en el Africa central. De la fogosa elocuencia de este documento da testimonio el siguiente párrafo:

« ¿Queréis, escribió el Cardenal á los alemanes, que la historia os acuse algún día y os avergüence?

¿Queréis que Dios os pida cuenta de la sangre de vuestros hermanos, vertida con tanta abundancia como crueldad? ¿Queréis que en el día del juicio os diga: « ¡Lejos de mí! Yo estaba oprimido, y no me socorrísteis; estaba en cadenas, y no me libertásteis; me atormentaban, y no os compadecísteis de mí; derramaron mi sangre, y vosotros la dejásteis correr! »

¿Qué mucho que tales palabras causaran un entusiasmo indescriptible en la Asamblea de Friburgo, y que ésta adoptara una moción del Conde de Loë, concebida en estos términos?:

« El Congreso católico de Alemania se ha enterado con especial satisfacción y gratitud de los esfuerzos del Padre Santo y del Cardenal Lavigerie por la abolición del comercio de esclavos, que deshonra la humanidad, en el suelo del Africa central. El Congreso declara como cuestión de honra para los católicos de Alemania, que prestará su concurso en todo lo que le sea posible á la obra inaugurada por el Cardenal, y abriga la esperanza de que los Gobiernos europeos cumplirán con la obligación que tomaron sobre sí al fijar los límites de sus respectivas posesiones en el Africa central, de suprimir el comercio de esclavos; y excita, por último, á todos los católicos alemanes á que fomenten y coadyuven á toda empresa que tenga por objeto tan humanitaria obra. »

Para apoyar esta resolución, se levantó, entre otros, el insigne orador parlamentario, y jefe del partido católico, Herr L. Windthorst, á cuyo lado se sentaban dos negritos que llevaban su nombre desde su conversión al Cristianismo.

Después del breve y como siempre enérgico y elocuente discurso de este eminente hombre de Estado, habló el Padre Geyer, diciendo, entre otras cosas, lo siguiente, que interesará sin duda alguna á los lectores españoles:

« Se ha dicho que el negro es incapaz de toda ilustración. No puede haber aserto más falso ni gratuíto. Hay entre ellos muchos hombres de clara inteligencia. Nosotros tenemos en nuestra Misión varios que hablan y escriben con fluidez algunos idiomas europeos, y hasta un Sacerdote negro que es doctor en Teología..... Toda la miseria de esta raza proviene del Islám y de la esclavitud. El día en que sea librada de la servidumbre y la barbarie en que está sumida, bien á pesar suyo, se arrojará á nuestros brazos exclamando: « ¡Sed bien venidos, libertadores nuestros; que toda libertad es hija del Cristianismo! »

El acuerdo adoptado en Friburgo en Septiembre último fué realizado en Noviembre de este año, después de que nuevas reuniones de gran concurrencia, especialmente en Friburgo y Colonia, convocadas para tratar sobre la supresión del comercio de esclavos, habían preparado favorablemente los ánimos en el Norte y en el Sur de Alemania. A consecuencia de esto se formó el día 1.° de Diciembre la « Liga antiesclavista africana de católicos alemanes, » fundada por 174 de los prohombres del partido y compuesta de lo más ilustre de la nobleza, lo más opulento de la aristocracia de la sangre y del dinero, lo más eminente de la ciencia y lo más digno y elevado del clero. Los estatutos de esta Liga son los siguientes:

§ 1. La Liga tiene por objeto

*a)* el fomento de toda obra que se relacione con el cumplimiento de la obligación impuesta á las potencias en los párrafos 6.° y 9.° del tratado de Berlín de 26 de Febrero de 1885, de abolir la esclavitud en los territorios del África central.

*b)* el socorrer á las Misiones católicas del África.

§ 2. Para conseguir su objeto, la Liga

*a)* se valdrá de la prensa y de las asambleas públicas, y cuando fuera preciso de peticiones dirigidas al Gobierno para despertar vivas simpatías en pro de la causa que defiende y hacer fecunda su obra.

*b)* reunirá, por medio de cuotas, los capitales necesarios para las expediciones al África, para establecer viviendas fijas y fortificadas destinadas á negros, para fundar Misiones, hospitales y asilos en el África; en una palabra, para aliviar la suerte de la raza negra, elevar el nivel de su civilización y convertirlos al Cristianismo.

§ 3. La Liga tiene su residencia en Colonia y se halla bajo la protección de su Presidente honorario el Arzobispo de dicha Diócesis, que está autorizado para asistir á todas las sesiones de la comisión administrativa (párrafos 8.° y 9.°).

§ 4. Cada socio pagará una cuota anual de 1 marco (pesetas 1'25).

§ 5. Para la incorporación de toda sociedad antiesclavista á la Liga central se exige que aquélla tenga veinte socios, que deberán elegir un Presidente, un Secretario y un Cajero, anunciando el Presidente electo la adhesión de la nueva Sociedad al Presidente de la Liga central y remitiendo el Cajero las cuotas recaudadas al de dicha Liga.

§ 6. Cuando en una misma Diócesis existan varias sociedades, éstas podrán unirse bajo la protección de su Obispo, como Presidente honorario; el cual se comunicará directamente con la Comisión administrativa.

§ 7. Al frente de la Liga se halla el Presidente honorario, una Comisión administrativa y los Presidentes de las sociedades de cada Diócesis.

Las otras cláusulas son las de toda asociación bien ordenada.

Según los periódicos alemanes, la Liga recibe numerosísimas adhesiones. Los católicos españoles bien pueden felicitar á sus hermanos de Alemania, por haberse adelantado á los sectarios protestantes, que hasta ahora nada han hecho en pro de tan santa causa. La Liga antiesclavista de Alemania publica, para mantener vivo el interés y la caridad pública, una revista mensual bajo el título de *Gott will es* (Dios lo quiere), dedicada á poner en conocimiento de los socios cuanto pueda servir á satisfacer su justificada curiosidad, respecto de los trabajos de la Liga y los progresos de la empresa. El Director de la revista es Humanus, el autor del folleto que hemos refundido al español.

En Bélgica el movimiento antiesclavista, aunque hasta ahora no se ha extendido tanto como en Alemania, donde todas las clases sociales están poseídas del mayor entusiasmo por la « nueva cruzada », promete tomar un vuelo tal, que aquella noble y rica Nación, cuyos destinos estuvieron durante dos siglos unidos á los de España, no cederá en celo ni sacrificios á los desplegados por Alemania. Muchos y generosos son los donativos que el Cardenal La-

vigerie ha recibido en Bruselas, donde también se ha formado una Asociación antiesclavista que ha emprendido sus trabajos con grande actividad y buen éxito.

Inglaterra tenía ya una Liga fundada con el mismo objeto, que desde ahora dedicará especial atención á la trata de esclavos en el Africa central. Baste saber que los ilustres Cardenales Wiseman y Newman han puesto toda su autoridad é influencia al servicio de la obra, para esperar de ella éxitos dignos del celo de estos dos Príncipes de la Iglesia y de la fama que goza en el mundo la Gran Bretaña.

En Italia no es extraño que el Gobierno ponga todas las trabas posibles á la obra de un Cardenal Romano; pero es de esperar que el entusiasmo popular vencerá también allí los obstáculos que se le opongan.

# BIOGRAFÍA

DEL

# CARDENAL LAVIGERIE

## APÓSTOL DEL ÁFRICA

El celoso y esforzado varón que en estos momentos recorre las capitales de Europa, invitando á las naciones á auxiliarle en su noble propósito de reprimir la trata de esclavos en el continente africano, *Carlos Marcial Alemán Lavigerie*, hijo de un empleado francés de aduanas, nació en Bayona el año de 1825. Después de haber aprobado en brillantes exámenes las asignaturas preparatorias, ingresó en el seminario de San Sulpicio en París, donde recibió la ordenación sacerdotal, ocupando bien pronto, á pesar de sus juveniles años, una cátedra de Teología en la Sorbona. Los sangrientos combates que en 1860 estallaron en Siria entre los cristianos y los musulmanes, llevaron al ilustrado catedrático al terreno de la política, delegado en misión especial á aquel país, granjeándose numerosos amigos en los más altos círculos de la sociedad, por la habilidad con que desempeñó su delicado cargo. Por esto el Gobierno

de Napoleón III le propuso para la silla vacante de Nancy, cuya elección aprobó gustoso el Pontífice Pío IX.

Pero la Providencia tenía reservado al nuevo Obispo de Nancy para empresas más elevadas. Cuando cuatro años más tarde quedó vacante la silla arzobispal de Argelia, el entonces Gobernador de aquella colonia francesa, Mariscal Mac-Mahón, fijó sus miradas en el Obispo de Nancy, que en aquel tiempo sólo contaba treinta y cinco años, y el Emperador Napoleón, asintiendo á los deseos del Mariscal, le mandó indagar el pensamiento de Lavigerie, respecto del difícil cargo que se le quería conferir. La contestación que el joven Obispo dió á la carta de Mac-Mahón, caracteriza honrosamente el noble corazón de este ilustre prelado.

«Me proponéis, dijo, una misión difícil y trabajosa, una Sede arzobispal, cuyo desempeño es muy superior á mis fuerzas, y cuya aceptación me obligará á abandonar mi patria y todo lo que me es más querido. Pero ¿creéis que allí en Africa podré yo hacer más que ningún otro? Un Obispo, Sr. Mariscal, sólo tiene una respuesta á tal proposición, el aceptarla; estoy dispuesto al sacrificio que exigís de mí, y cuando el Emperador apele á mi abnegación, estaré pronto á obedecer, cueste lo que cueste.»

El insigne varón que tan hermosas palabras escribió, fué nombrado á los pocos meses Arzobispo de Argelia, y en la actualidad es también administrador de Túnez, primado de Africa y legado de las misiones del Congo y Tangañica.

Imposible nos es desarrollar, en el reducido espacio de este modesto trabajo, el cuadro edificante de

la actividad pastoral de Lavigerie en su nueva Diócesis. Baste decir que, merced á su caridad inagotable, y á su energía y perseverancia extraordinarias, su Diócesis fué totalmente regenerada, estableciéndose en poco tiempo en el país, multitud de instituciones destinadas á facilitar á los pobres africanos la entrada en la civilización, y recordando varios Concilios provinciales que el celoso Obispo convocó, los gloriosos tiempos de los Ciprianos y Agustinos. Lavigerie, sin embargo, quería ser algo más que Obispo, y no le satisfacían del todo los trabajos que podía realizar en un pueblo compuesto de mahometanos fanáticos ó antiguos presidiarios y aventureros sin fe y sin moralidad. Traspasó con el pensamiento las fronteras francesas y voló hacia las desconocidas tierras del Africa central, donde ningún apóstol había aun penetrado. Pero entonces el Gobernador general de Argelia, se opuso á que el Prelado extendiese de esta manera su campo de acción creyendo que cedería ante sus infundadas razones; mas reclamando aquél, por el contrario, su derecho de anunciar el Evangelio á aquellos infelices que se hallaban aun sumidos en las tinieblas del gentilismo, venció la resistencia del Gobierno, cuyas miras eran entonces por lo visto muy estrechas.

Con gran valor puso manos á la obra, instituyendo primero la compañía de los «Padres blancos,» compuesta en un principio de tres jóvenes, que correspondieron á su llamamiento, y la cual consta en la actualidad de 300 misioneros, á quienes encontramos en el Sudan, en el Sahara, en las orillas de los grandes lagos del Africa central, en las fuentes del Nilo y en el Congo superior, vastos territorios

cuya civilización exigirá millares de celosos apóstoles, dispuestos á sacrificar su vida en aras de tan santa causa.

El Cardenal que, como hijo de este siglo, no ignora que sólo el esfuerzo colectivo puede llevar á cabo determinadas empresas, posee un extraordinario talento organizador, el cual probó sobre todo con la fundación de otra orden, que aunque nueva, tiene indudablemente un gran porvenir: la orden de las «Hermanas misioneras». Los lectores sabrán apreciar los grandes servicios que estas religiosas han prestado á la civilización cristiana en el Africa, cuando se acuerden de la humillante situación de la mujer entre los mahometanos. Sobre no ser más que el instrumento servil de los caprichos y crueldades de su dueño, vive inconsciente de su miserable estado; y considerándose ella misma como un sér abandonado de Dios, ni aun tiene la esperanza de los placeres que Mahoma promete á sus adeptos en la otra vida. ¡Qué difícil, pues, debe ser la empresa de llevar á tan desventurados seres los consuelos del cristianismo, puesto que sus amos las matarían en el acto si las viera un «giaur» (cristiano) sin velo ó se atreviera á hablarlas! Para vencer esta dificultad, Lavigiere creó el apostolado de las mujeres para que se encargasen de gran parte del trabajo propagandista, como lo efectuaron sirviendo de enfermeras en los hospitales, yendo de choza en choza bautizando á los niños moribundos é instruyendo á las jóvenes que en gran número acudian á sus escuelas.

Las Hermanas misioneras entran en los casuchos más ruines y se esfuerzan con obras de caridad en conquistar corazones y ganar voluntades para nues-

tra santa religión. No se arredran ante ninguna fatiga ni contrariedad, y se ven recompensadas por el cariño y respeto que todas las mujeres las profesan. Estas no suelen comprender en un principio el móvil que las inspira tanto celo é infunde tanta abnegación, y muchas creen que las Hermanas son enviadas del cielo; no familiarizándose hasta después de algún tiempo con la idea de que sean mujeres como ellas mismas y que sólo el amor de Dios las haya podido impulsar á venir á su país, á socorrerlas é instruirlas. Entonces las colman de bendiciones y las prometen el paraíso de Mahoma, diciendo que «para ser verdaderas santas, las falta sólo creer en este profeta.» Otras menos fanáticas, no tardan en comprender que nuestra religión es superior á la suya, facilitando así la misión de las Hermanas, que demuestran la verdad de la doctrina con obras de caridad. Así y todo, no fueron pocas las preocupaciones que los misioneros y las Hermanas tuvieron que combatir. Los primeros Padres que llegaron al territorio de los Kábilas no podían entrar en una aldea por la noche; el lugar donde permanecían durante el día, era barrido por aquellos fanáticos que se negaban á prestarles ningún servicio. Las primeras Hermanas lucharon con las mismas dificultades, pues infundían tal miedo á las mujeres, que éstas huían á su presencia. Como las Hermanas no conocían el idioma en un principio, llevaban un intérprete consigo á las aldeas y repartían dulces á los niños que se atrevían á aceptarlos. No era de extrañar el recelo antes indicado por parte de los indígenas, pues éstos no conocían más extranjeros que hombres egoístas ó espías. Bien pronto,

sin embargo, cambiaron por completo de actitud, creyendo que Allah les había enviado aquellos ángeles para consolarles; hoy mismo hay, sin embargo, quien no cree que sean seres de carne y hueso; como lo demuestra la pregunta de «¿Tienes también padre y madre como nosotros?» que le hizo á una hermana en el hospital una de aquellas infelices.

El año pasado fundó el Cardenal en Wykh cerca de Maëstricht, en Holanda, un noviciado de Hermanas misioneras, destinado á preparar en los trabajos del apostolado á las jóvenes de Alemania, Holanda y Bélgica que se sientan con vocación para ingresar en la Orden, habiendo ya recibido diez novicias el velo de sus manos. Cuando en 1880 fué Túnez ocupado por los franceses, León XIII se apresuró á restablecer la silla episcopal de la antigua Cartago, y á elevar á la dignidad de primado del Africa al Arzobispo de Argelia. Dos años después, el Pontífice le elevó á la púrpura cardenalicia, pudiendo así el Continente africano saludar á su primer Cardenal en la persona de su gran apóstol.

Sabido es que la República francesa trata á la Iglesia en sus colonias con tanto respeto como desprecio en Francia misma. Natural es, pues, que todos los Gobiernos hayan contado con sus virtudes, para el mantenimiento de la preponderancia francesa en el litoral del Mediterráneo. Para demostrar esto, basta recordar uno de los más comentados aforismos de Gambetta. «El gran tribuno acababa de constituir su gabinete; monseñor Lavigiere creyó que sus empresas, que Francia subvencionaba, corrían grave peligro con el advenimiento del elocuen-

te orador, que había dicho que «el enemigo era el clericalismo», y sobre todo con la entrada en el Ministerio, de Pablo Bert, el sabio materialista y librepensador. Para salir de dudas, el Cardenal se presentó á Gambetta, le pintó con rasgos expresivos los esfuerzos que venía haciendo para llevar la civilización y la influencia francesa, no sólo por Africa, sí que también por la Siria y todas las comarcas del Asia menor, y acabó manifestándole los temores que abrigaba. El jefe del oportunismo le tranquilizó con estas palabras: «Conozco demasiado todo lo que hay de patriótico en vuestra noble misión para que dude un momento en prestaros el apoyo más cordial; *el anticlericalismo no es un artículo de exportación.*»

Desgraciadamente, á Gambetta, que con todo no carecía de genialidad, le sucedieron en el Gobierno hombres menos prudentes que él. La actual República francesa no sabe apreciar los méritos de un hombre que viste el traje de Sacerdote. El Cardenal tuvo que experimentar el dolor de que no sólo se redujera su sueldo, ya bastante mezquino, sino también de que se suprimiera la asignación que el Estado venía pagando á los seminarios de los Padres blancos. Estos desengaños no lograron desalentarle; antes bien, por el contrario, con todo el entusiasmo que ardía en su noble alma, se dedicó á la gran obra que le encomendó, como al más hábil, el Soberano Pontífice.

Todos sabemos cómo el apóstol del Africa justificó la confianza que León XIII había puesto en él: cómo, resuelto á poner fin al inhumano tráfico de esclavos, recorrió Francia, Inglaterra, Bélgica é Italia, dirigiendo cartas al congreso de los católicos alema-

nes reunidos en Friburgo, y posteriormente en Colonia, así como á uno de los más activos promovedores del pensamiento de la creación de una sociedad antiesclavista española, el Oficial de Marina Sr. Sorela, cuyo documento se encuentra al principio de este opúsculo.

Su Santidad el Papa León XIII dió las gracias al Cardenal en el Breve que publicamos á continuación:

« A nuestro querido hijo Carlos Martha-Lavigerie, Cardenal de la Orden de Sacerdotes de la Santa Iglesia romana, arzobispo de Cartago y de Argel.

» Querido hijo, salud y bendición apostólica.

» Instado por Nuestra caridad os confiamos una obra seguramente grande y difícil, pidiéndoos que ensayáseis generosamente, por cuantos medios estuviesen á vuestro alcance, poner fin en Africa á la esclavitud de tantos desgraciados.

» La habéis aceptado con tanta voluntad, que es fácil ver la elevación de sentimientos con que obráis cuando se trata de la salvación de los hombres. Vemos ahora por vuestras cartas que vuestro celo por esta empresa aumenta más y más vuestro ardor, y que no solamente no rehusáis los trabajos, por excesivos que sean, sino que los deseáis y buscáis.

» Por esto Nós no podemos, y aun no debemos demorar por más tiempo, en daros testimonio, como lo hacemos por estas letras, de que aprobamos con toda vehemencia los comienzos de vuestra empresa, y Nos alegramos mucho de ver que son alabados por los obispos.

» Deseamos y pedimos á Dios que alcancéis en

una causa tan noble y tan excelente todo el éxito que deseáis. Lo hecho ya Nos permite, además, tener en ella confianza con los socorros de la gracia de Dios.

» Los soberanos de Europa están conformes en que conviene oponerse á tan grave mal, con más fuerza que en lo pasado. Así lo convinieron en las Conferencias de Berlín. Vemos también que la piedad de un gran número de personas particulares ha sido excitada por vuestras cartas y por vuestros discursos, y esto, como Nos lo confirma vuestro informe escrito, no sólo entre vuestros conciudadanos, nación magnánima (*magnanimum genus cives tuos*), sino también entre los belgas, siempre dispuestos á socorrer las miserias ajenas; entre los ingleses, que desde hace mucho tiempo han merecido bien de la causa de los esclavos negros, y entre los católicos de Alemania y los de Portugal, cuya piedad Nos permite esperarlo todo.

» No dudamos tampoco que los italianos y los españoles sean, con el mismo *corazón*, los promovevedores y los auxiliares de tan grande obra.

» Si con sólo hacer conocer mejor la infame y horrible esclavitud africana habéis podido inflamar enseguida los espíritus y llevarlos á buscar, sin demora, los remedios para tal mal, excitando estos vivos sentimientos de humanidad y caridad cristiana, tenemos derecho á pensar que la aprobación y el favor que habéis obtenido ya de Europa, obliga para lo porvenir su concurso y su apoyo.

» No exhortaremos, pues, porque ¿de qué exhortación tendrá necesidad un celo tan ardiente? Pero Nos felicitamos, porque estáis dispuesto á conti-

nuar esta obra, por la gracia de Dios, con el mismo celo y la misma constancia.

» Cierto es que no podéis emplear vuestra caridad episcopal en ninguna otra parte con más utilidad, porque no hay obra en que podáis merecer más el nombre de cristiano.

» La libertad es, en efecto, por igual título, el bien propio de todos los hombres, y no está menos fundada en el derecho cristiano que en el derecho natural.

» Si algunos han osado decir que la Iglesia, en otros tiempos, ha favorecido la esclavitud, ó que no ha trabajado bastante para abolirla, los tales no se muestran ni agradecidos á ella, ni conocen los hechos verdaderos; porque la historia establece con evidencia lo que han trabajado los hombres apostólicos por tal causa, aun en Africa, y lo que los soberanos Pontífices han hecho sobre esto en la ciudad de Roma, capital del mundo católico. En cuanto á vos, no dudéis que Nós ayudaremos, con cuantos medios estén en Nuestro poder, vuestros proyectos y vuestro celo.

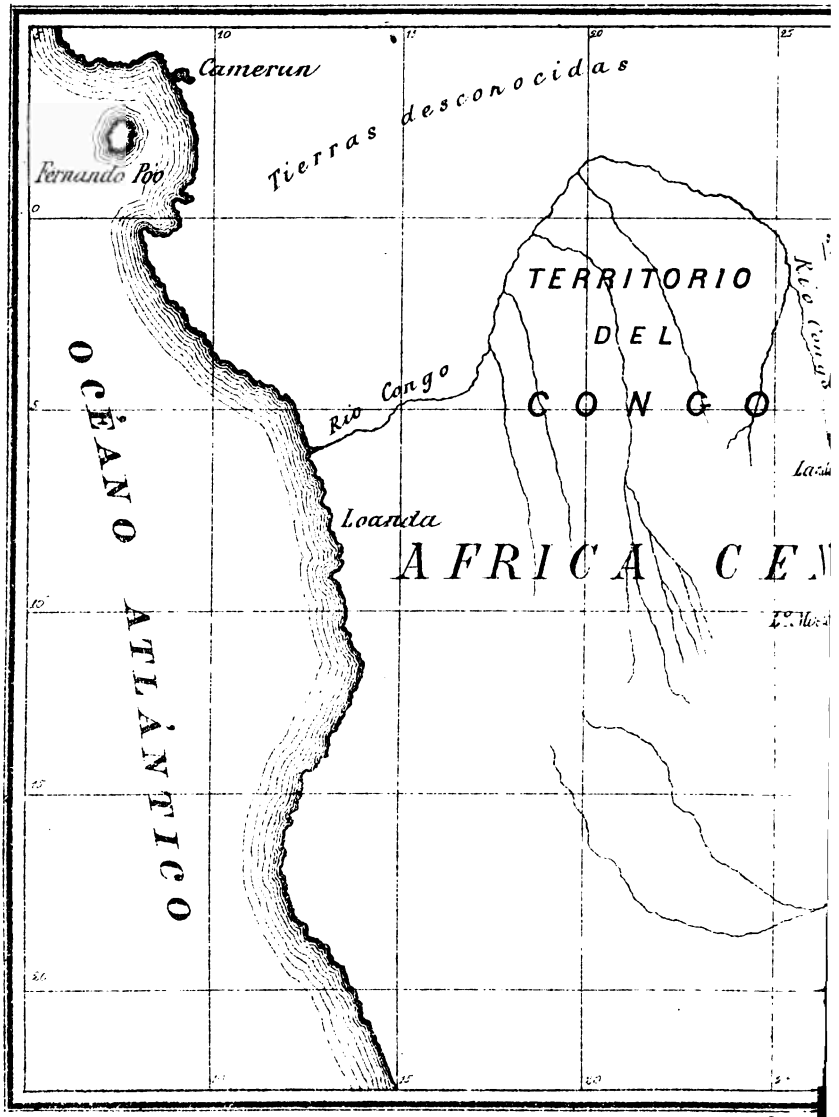
» Recibid como prueba de esta Nuestra voluntad los trescientos mil francos que Nós os enviamos de todo corazón para que los repartáis, como lo creáis más conveniente, entre los consejos ó comités establecidos para la abolición de la esclavitud. Nada puede ser más grato á Nuestro corazón que prestar ayuda á los hombres tan cruelmente tratados, y Nós creemos que los católicos de todas las naciones, cuya generosidad ha sido tan grande para con Nós, principalmente en este año, sabrán con gusto que su munificencia Nos ha servido tambien para repa-

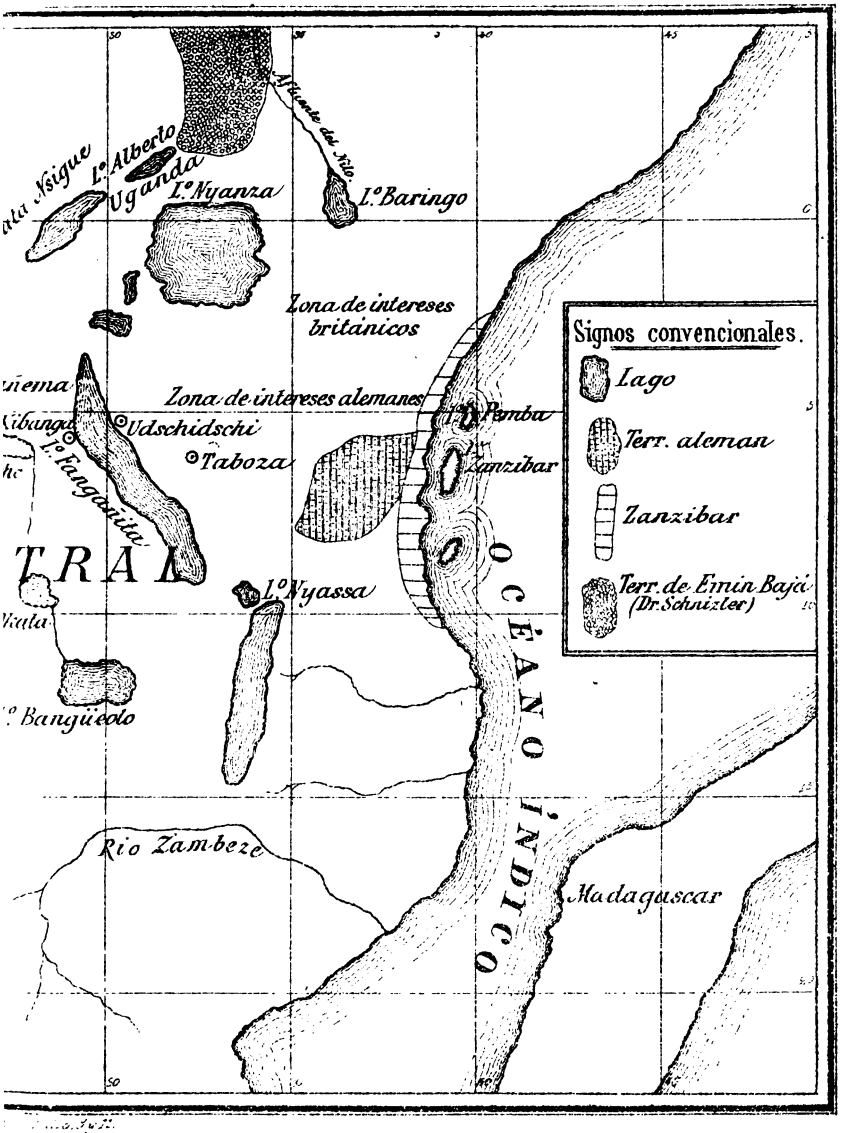
rar tan atroces injusticias y para defender, en un gran número de nuestros hermanos, la dignidad de la naturaleza humana.

» Valor, pues, querido hijo, y poned vuestra firme esperanza en aquel que es Padre y Salvador de todos los hombres. Como prenda de su apoyo y de Nuestra paternal benevolencia, Nós damos con todo el afecto en el Señor Nuestra bendición apostólica á vos, querido hijo, á vuestro clero y á todo vuestro pueblo.

» Dado en Roma, cerca de San Pedro, á 17 de Octubre del año 1888, undécimo de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA. »


Camerun
Tierras desconocidas
Fernando Poo
TERRITORIO
DEL
CONGO
Rio Congo
Loanda
OCÉANO ATLÁNTICO
AFRICA CEN


Signos convencionales.
Lago
Terr. aleman
Zanzibar
Terr. de Emin Bajá (Dr. Schnitzler)
Afluente del Nilo
L.º Alberto
Uganda
L.º Nyanza
L.º Baringo
Zona de intereses británicos
Zona de intereses alemanes
Udschidschi
Taboza
L.º Tanganaika
L.º Nyassa
Pemba
Zanzibar
OCÉANO INDICO
Rio Zambeze
Madagascar
L.º Banguéolo

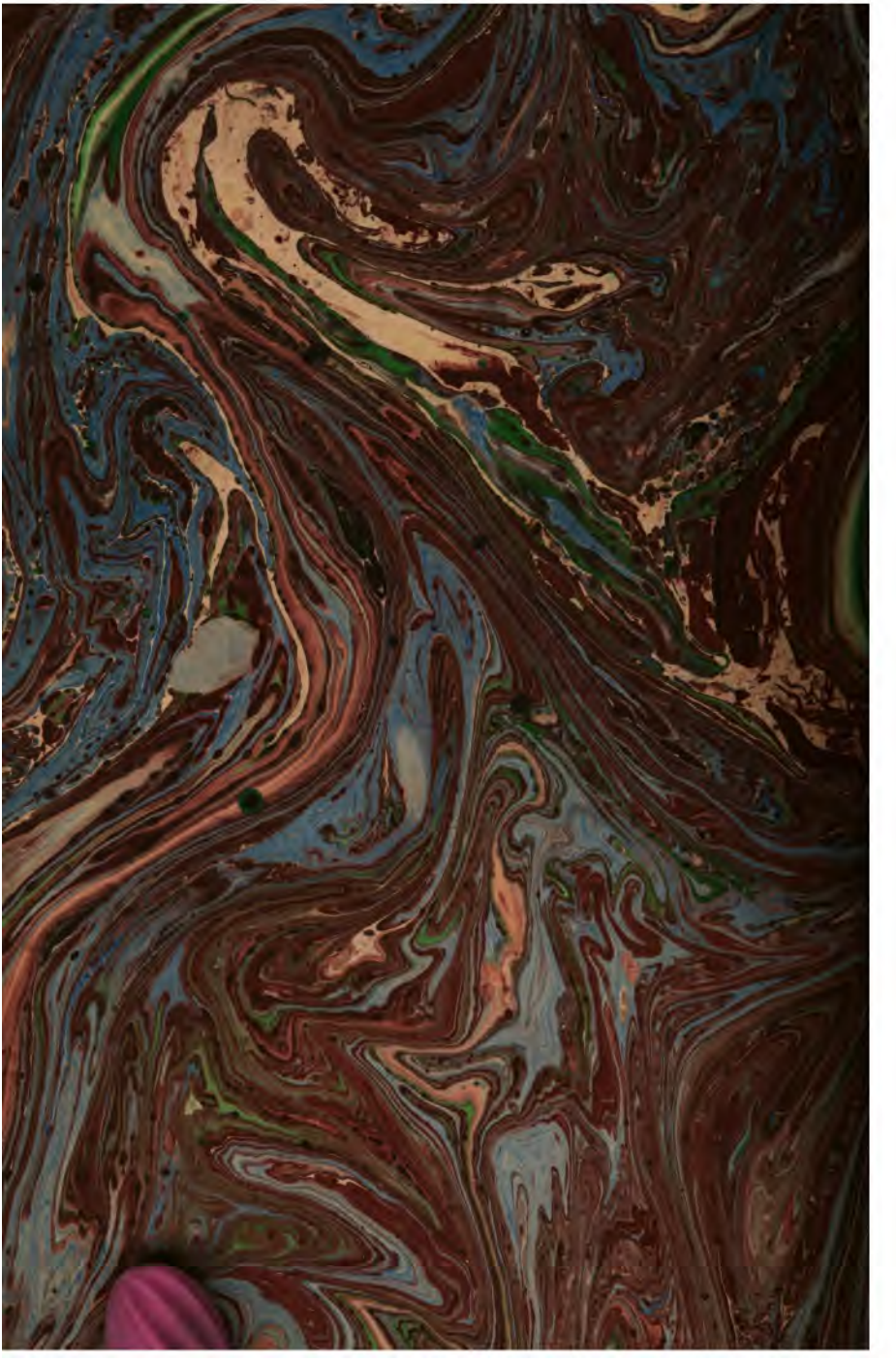
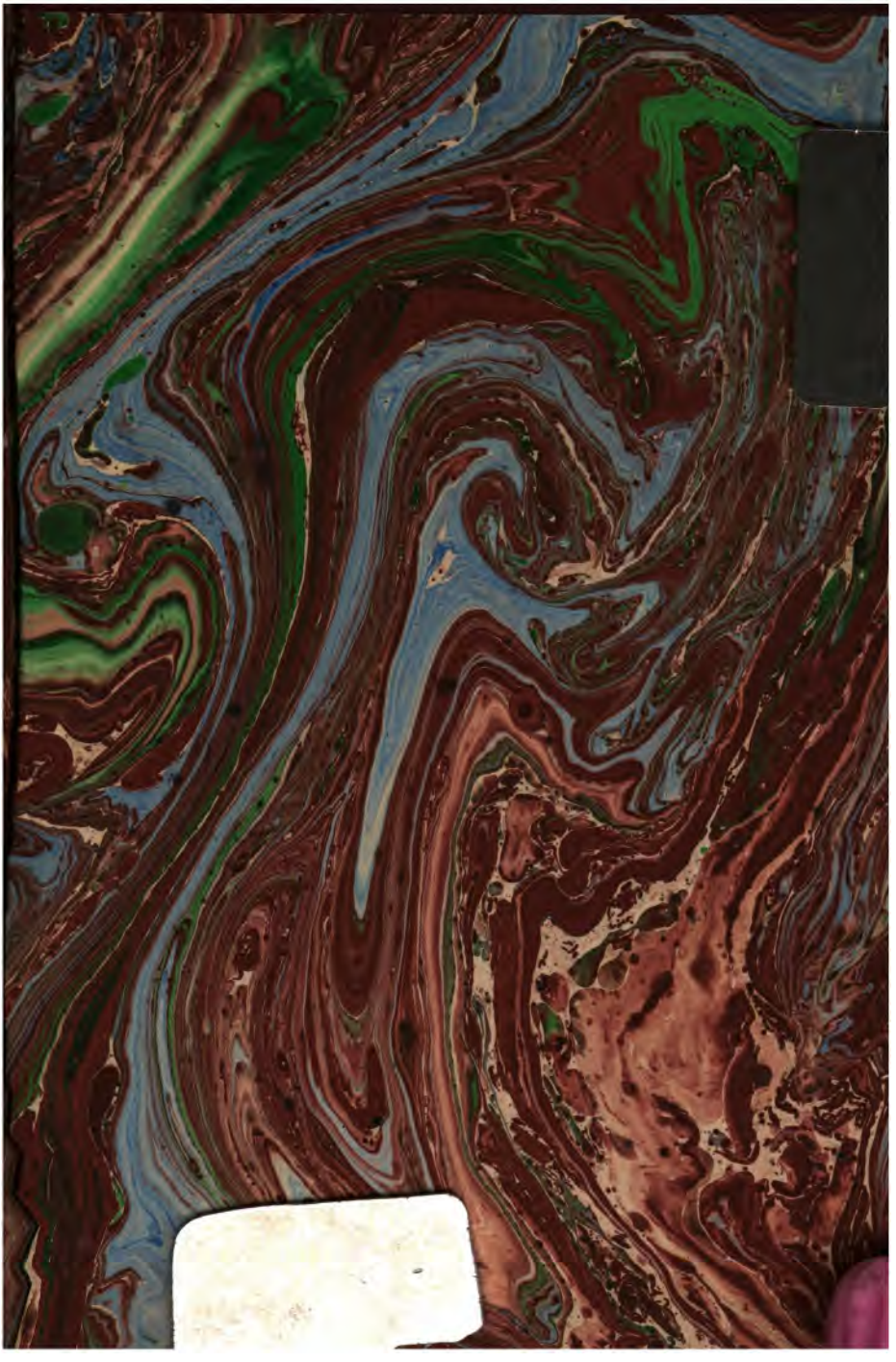
# ÍNDICE

PÁGINAS.

Cuatro palabras de los traductores..... 5
Carta del Cardenal Lavigerie al Sr. D. Luis de Sorela, miembro de la Sociedad antiesclavista sobre la esclavitud..... 9
Introducción..... 15
El Cardenal Lavigerie y el tráfico de esclavos en África..... 21
Carta del explorador inglés Camerón al Cardenal Lavigerie..... 43
Extracto de una carta del Padre Vincke de la estación de Kibanga, á orillas del lago de Tangañica. 49
Apuntes del diario de la misión de Kibanga..... 53
Trozos de un relato de Livingstone..... 61
Stanley y el tráfico de esclavos..... 67
Los mártires de Uganda..... 75
Los horrores de la esclavitud en Marruecos..... 87
Consideraciones..... 93
Llamamiento de los negros africanos á sus hermanos blancos de Europa..... 105

## APÉNDICE

Breve reseña de lo realizado hasta ahora en otros países en provecho de los negros..... 111
Biografía del Cardenal Lavigerie..... 119

# FE DE ERRATAS

| PÁGINA. | LÍNEA. | DICE. | LÉASE. |
|---|---|---|---|
| 17 | 9 | de más | demás |
| 43 | 13 | del | al |
| 57 | 20 | devastado | devastado: |
| 59 | 5 | hubiera | hubiéramos |
| 99 | 6 | racional | nacional |
| 100 | 32 | cuyo | cuyos |
| 116 | 15 | fortificadas | defendibles |